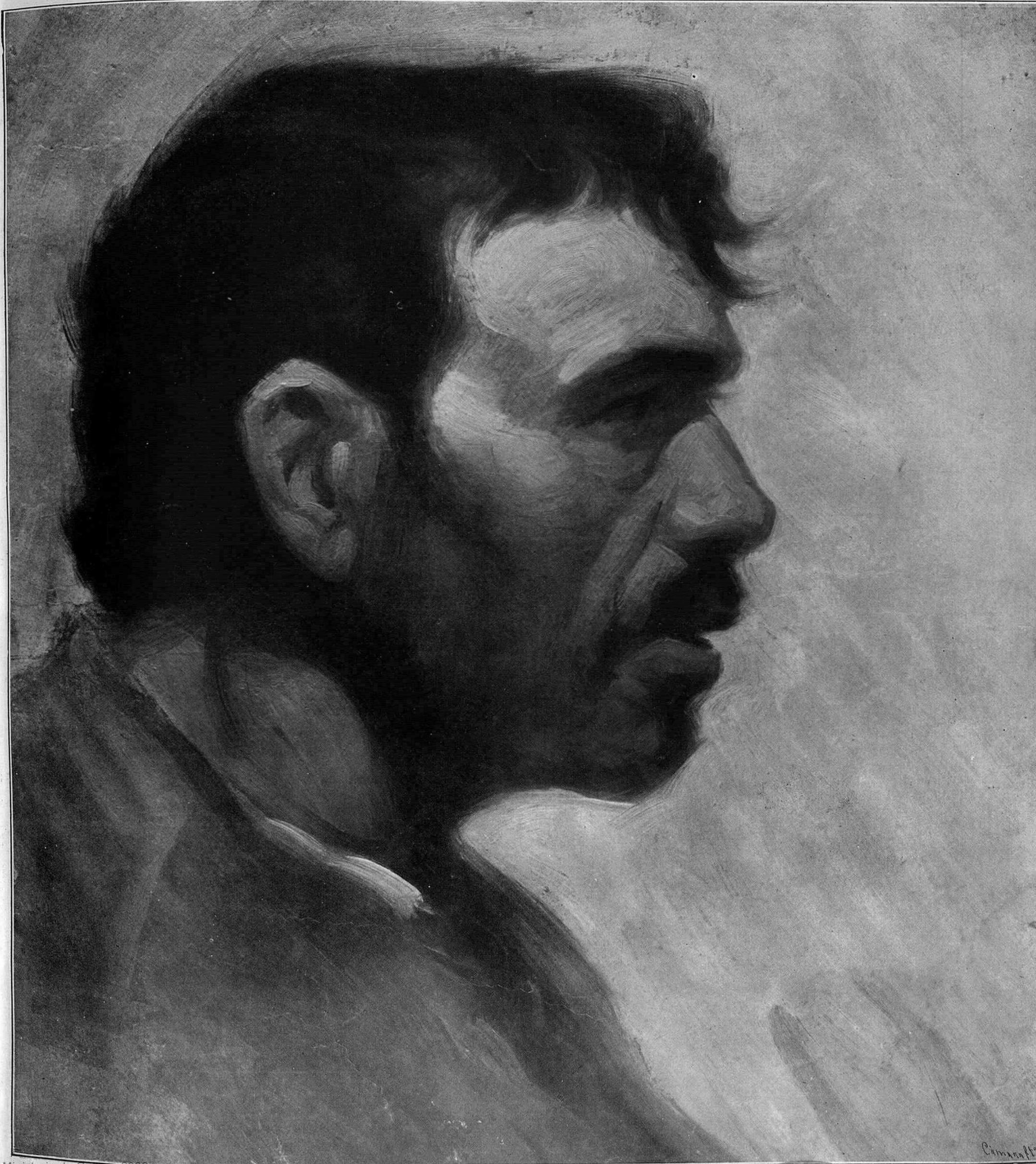


La Esfera

Año II * Núm. 58

Precio: 50 cénts.



Camacho

TENE DE



Ehrmann.

El Jabón
de
HENO de PRÀVIA

da flexibilidad y
tersura á la piel, y
la impregna de un
exquisito perfume.

JABON
ESPUMOSO E INTENSAMENTE
PERFUMADO
**Heno
DE
Pravia**
GAL
FABRICA DE PRODUCTOS
MADRID

SE VENDEN EN TODAS LAS
FARMACIAS Y MERCADERIAS
DE ESPAÑA Y MADRID
EN SU MISMO EN ZARAGOZA

La Esfera

Año II.— Núm. 58

6 de Febrero de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



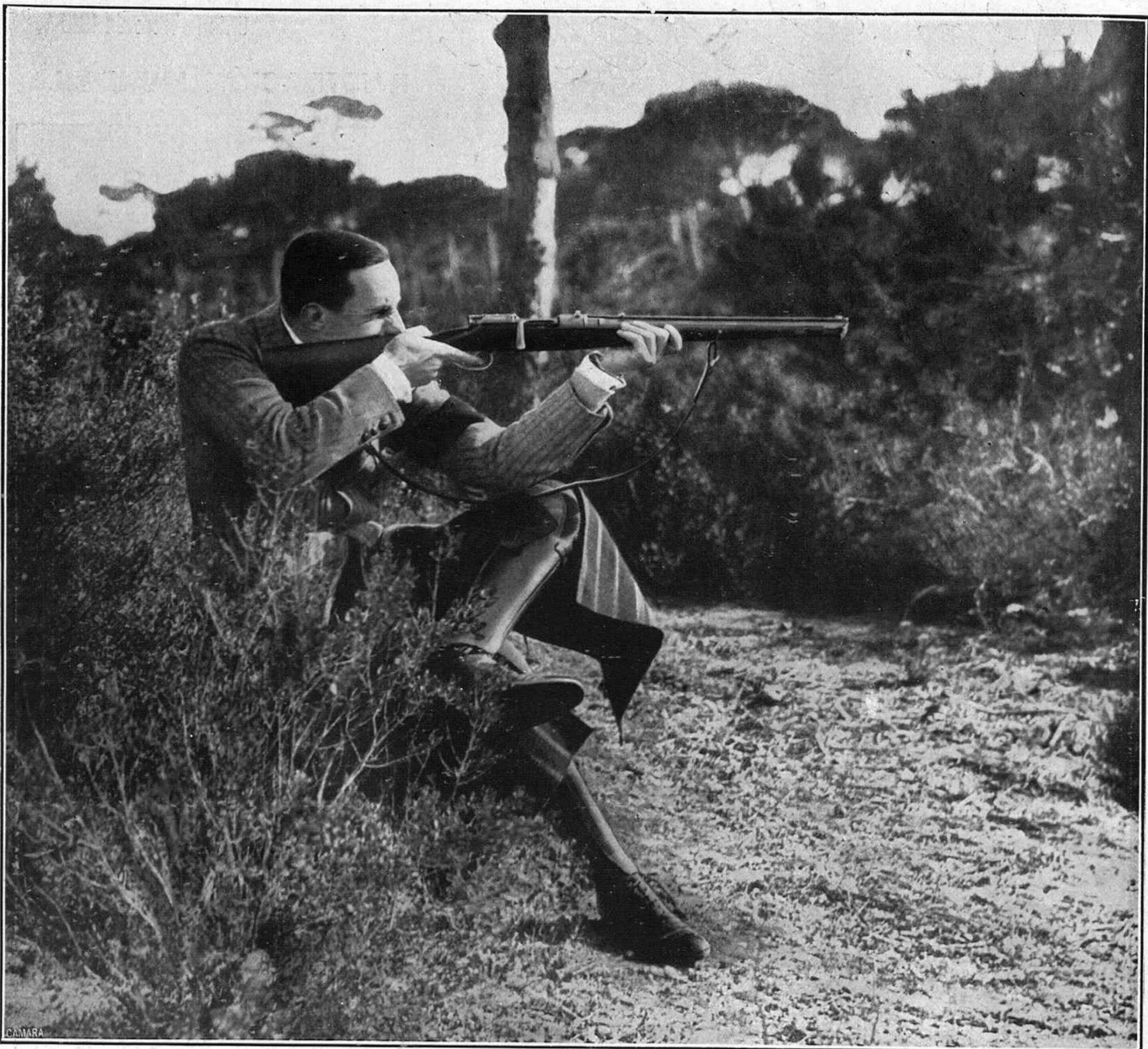
CÁMARA

DR. D. CARLOS M. CORTEZO

**Ilustre médico que ha sido elegido Presidente de la Real Academia de Medicina
y á quien se ha hecho un homenaje con este motivo**

DIBUJO DE GAMONAL





S. M. el Rey Don Alfonso XIII en la cacería verificada en su honor en el coto de Doñana (Cádiz)

DE LA VIDA QUE PASA

== CACERÍAS REGIAS ==

Los faisanes de Rambouillet, engordados con tanto mimo como en la época de Luis XIV, son admirables agentes de la diplomacia francesa. No ha habido tratado público ni pacto secreto que Francia no haya sancionado y consolidado celebrando cacerías en los bosques donde la Naturaleza parece conservar marco apropiado para que no parezcan ridículas las ceremonias y etiquetas protocolarias. Allí, el Presidente de la República, caza como un rey de antaño, si no con el azor en la mano, como el príncipe de Rubén Darío, con su buena corte de diplomáticos, militares, ministros y parlamentarios. Allí, mano á mano con el jefe electivo de una democracia donde el derecho divino fué decapitado, han estado el Zar de las Rusias, los reyes de Inglaterra y España, de Italia y Servia, de Bélgica y Rumanía y varios príncipes herederos, blancos como el de Suecia y amarillos como el de Siam. Un cuentista francés ha pintado con pluma trágica la fiera hostilidad con que se vigilan aquellas fron-

das, para que los mendigos, los cazadores furtivos, los destripaterrones que cruzan por las carreteras que circundan la posesión oficial, no asusten á las manadas de ciervos sustentados con heno fresco y cereales escogidos y á las bandadas de faisanes, cebados con habas perfumadas. Rambouillet en Francia es cosa sagrada. Esta misma conflagración actual, que tanta sangre vertida, tanto oro gastado y tantos ideales deshonorados y vencidos, cuestan á la Humanidad, se inicia en aquellas umbrías arboledas, cuando el Zar de Rusia se siente complacido de haber firmado un tratado de alianza con una nación que sabe poner ante los certeros cañones de su escopeta aquellos enjambres de venados, de jabalíes y de aves. Allí, en sus inmensas tierras, en sus bosques interminables cuesta trabajo encontrar tanta cacería apacible, y sobre el trabajo es más frecuente el riesgo que el placer. Su propio abuelo, el Zar Alejandro, estuvo á punto de ahogarse entre los fornidos brazos de

un oso negro. También un cuentista ruso hizo de este oso casi un apólogo, casi una parábola, y si no fuera irrespetuoso, podría decirse que hizo un símbolo y una profecía.

Otro presidente de República cazaba como un rey, si bien á su apartado semireino no llegó nunca de visita la majestad verdadera. Era Porfirio Díaz en sus buenos tiempos de amo—esta era su verdadera calificación gubernamental—de Méjico. Se cazaba como en las cortes de antaño, como se celebra una ceremonia oficial, como se baila un cotillón palaciego. Si Maximiliano hubiese resucitado, desde su triste yacimiento de Querétaro, hubiera preguntado de qué rama principesca ó ducal procedía aquel cazador, rudo y áspero, ante quien los soldados presentaban armas, las bandas entonaban el himno nacional, y las damas se inclinaban en su saludo de Corte, que descubría con la gracia de la reverencia, las albas bases de sus senos festoneados por los encajes del descote.

Nadie olvidará qué singular grandeza personal imprimía Roosevelt á sus cacerías cuando ejercía de presidente de la República yanqui. No era el aparato de la etiqueta cortesana que se aviene mal con el espíritu práctico y la falta de precedentes que constituyen la democracia de los Estados Unidos, pero era el aparato de su propia persona: su mirada imperativa, su gesto autoritario, su apostura dominadora. Cuando iba de cacería, parecía que aquella inmensa colmena laboriosa de los Estados Unidos suspendía su trabajo y esperaba anhelante los telegramas que relataran la nueva proeza hecha por el presidente, que se afanaba por parecer en aquella igualitaria democracia, distinto á todos los demás hombres. Así hubo una buena temporada en que se le creyó capaz de proclamarse emperador como Napoleón. Mientras fué presidente bastábale una *carambola* con dos ciervos del Canadá, grandes como caballos, ó acertar de un tiro en la amplia testuz de un búfalo, fiero como un Miura, para mantener su admirada supremacía; pero cuando volvió á su condición de ciudadano, tuvo que irse al centro de Africa y á los bosques vírgenes de los Andes brasileños y bolivianos para luchar frente á frente con leones, tigres é hipopótamos, ó con espantables serpientes y caimanes amedrentadores. Y no contento con ofrecerse así á la admiración de sus conciudadanos, el originalísimo ex presidente en su última cacería, descubrió nada menos que un caudaloso río, ancho como un mar, ignorado de todos los geógrafos. Luego resultó que el río estaba descubierto y descrito desde dos centurias antes.

En las orillas del mar latino, en Italia, en España, en Portugal, las cacerías regias tienen una tradición de verdadera democracia. Fiestas íntimas desprovistas de todo aparato cortesano, en muchos reinados han constituido un recreo dia-

rio, un ejercicio frecuente, horas libres que un monarca tiene derecho á pedir que no pasen á la Historia.

Los pintores pudieron perpetuar á Carlos III y Carlos IV, en trajes de cazadores, con sus escopetas apercebidas y finos lebreles al pie, pero en aquellos tiempos hubiese parecido profanación que alguien extraño á la aristocracia ó á la servi-

el que más cuida de conservar á la realeza su nimbo de superioridad, el emperador de Alemania, se ha prodigado ante los fotógrafos alemanes y extranjeros en su traje de cazador, siempre igual: sombrero tirolés con su pluma triunfadora al lado, levita corta, ceñida por un cinturón, y su pantalón bombacho de caballista, cerrado por la bota de montar. También él, sustentador ciclópeo de una máquina estadal enorme y compleja, y á la vez esclavo de las responsabilidades de todo guía-dor de pueblos, tiene sus días de cazador, sus días de navegante, y tan orgulloso y altivo parece cuando se ofrece á la perpetuación de los fotógrafos presenciando el desfile de tropas en una revista ó en unas maniobras, como cuando recuenta con el cabo de su látigo, los ciervos muertos en una cacería y que los ojeadores han tendido en largas filas...

Y, vosotros, burgueses que esperáis ansiosos el domingo, libre de trabajos, para lanzaros al llano ó á la sierra persiguiendo á la codorniz sencilla, ó al temeroso conejo, ó al modestísimo gorrión, sólo por hallaros unas horas en la libertad del campo, respirando el aire puro y bienhechor y endulzando las pesadumbres de la diaria lucha en el amor de la Naturaleza, imaginad cómo estos hombres, á quienes todas las pasiones cercan, á quienes todas las preocupaciones abruma, en quienes están fijadas las miradas de todos, ven llegar con efusiva alegría la hora de desceñirse la pesada corona y cambiarla por el sombrerillo tirolés con su pluma al viento, ó por la gorra cómoda del *jockey*, y de correr al coto, sin más ley constitucional que su escopeta para rendir á las avencillas y á los corzos y á los jabalíes que no saben palabras cortesanas ni rinden acatamiento más que al padre Sol y á la madre Tierra que les dan luz, alegría y sustento...

DIONISIO PEREZ



Examinando una de las piezas cobradas por el Rey

dumbre cortesana acompañara á los reyes en sus expediciones cinegéticas. Eran fiestas de intimidad, que no tenían nada que ver con la gobernación del Estado. Esos mismos cuadros que hoy admiramos en los Museos, representando á reyes, príncipes é infantes de las casas de Austria y de Borbón, fueron pintados para tenidos en el hogar, para conservados entre los recuerdos familiares. Pero hoy, los reyes no temen la publicidad ni rehuyen las indiscreciones simpáticas de fotógrafos y cronistas.

El más aparatoso de los monarcas actuales.



Don Alfonso XIII, con el duque de Medinaceli, comentando los incidentes de la cacería

POTS. VILASBCA

CAMARA



Las familias de los enfermos esperando en la puerta del Hospital de la Princesa la hora de la visita

FOT. SALAZAR

LA VIEJECITA DEL 8

(CRÓNICA)

Es domingo. A la puerta del hospital se amoniona la gente aguardando el toque de las dos. Domingos y jueves hay entrada libre en los hospitales: igual que en los museos.

Junto á la verja, un individuo, con boina y mandil blanco, embraza una cesta; dentro de ella se hacinan bizcochos, pastelillos y tortas.

—¡Para los enfermos!—vocea el mercader.

Teniendo en cuenta lo indigesto de tales mercancías, dijérase que el vendedor ofrece á los visitantes un medio fácil y económico para suprimir los gastos y molestias que siempre origina un doliente á sus deudos. Muchos compran la masa y entran, ocultándola bajo los abrigos.

—Su enfermo—me dice el estudiante—tiene diez ó doce visitas. Como le serán á usted enojosas, aguarde á que despejen, y mientras recorra mi sala. En estos días las salas gratuitas proporcionan un espectáculo curioso. Usted lo puede aprovechar. Es cuestión de algunos minutos.

—Vamos—le respondo.

La sala donde cumple mi amigo sus obligaciones profesionales, está ocupada por mujeres.

Haylas de todas las edades y cataduras. El dolor retoza sus facciones, afeándolas unas veces, otras embelleciéndolas. Ningún matiz falta en la paleta del dolor.

Por eso, entre los rostros que, conforme avanzamos, surgen ante mí, los hay trágicos, con llameos de odio en las pupilas y rictus feroces en la boca; místicos, con los labios en rezo y los ojos en éxtasis; irónicos, haciendo muecas á la muerte. Estos, al fuego de la calentura, son reconocido barro; aquéllos, por obra de la consunción, nácar. Al fondo, una hermana de la Caridad se recorta contra la pared, como un alto relieve.

Todas las enfermas tienen puestos, desde que sonaran las dos, miradas y oídos, en la puerta que á la sala conduce. Cuatro días de soledad justifican el ansia. Una obrera, á quien los dientes de su máquina han roto las dos manos, tiende al pasillo los entrapajados muñones.

Los que llegan, lo hacen en son de enjambre, atropellándose, zumbando. Pronto se dividen en grupos, en parejas y van rodeando los lechos. A un lado resuenan carcajadas; á otro sollozos;

aquí vocean; allá cuchicheo es el diálogo; más lejos, una niña engulle bizcochos mientras su madre vierte lágrimas silenciosas; más cerca una histérica pone el grito en las nubes. Por frente á la cama de una mocetona gallega, desfila medio escuadrón de húsares.

Es dulce paréntesis el que abre, durante la visita dominical, en el sufrimiento, el amor. No importa que sea éste circunstancial ó falso; que, á las veces, resulte en sus manifestaciones grotesco, en su expansión soez. Tanto vale, tan necesario nos es el amor á los hombres, que, aun bastardeado, falsificado, caricaturizado, nos cautiva y nos caldea placenteramente el espíritu.

Apenas si las enfermas recuerdan sus angustias, ahora. El compañero, los padres, los hermanos, los hijos, los amigos, están en torno de las camas.

Sus voces evocan los días alegres del pasado; anuncian la proximidad de otros días en que los cuerpos, doloridos, encarcelados hoy, irán, libres, plenos de salud por las calles, bajo la caricia solar.

¿Que son las promesas engaño? ¿Que gran parte de los falsamente esperanzados, en estas visitas piadosas saldrán de la sala con destino al depósito? ¿Que, no dichas y bienestares, trabajo y miseria aguardan en la calle al que salga?

Es posible. Pero los jueves y domingos, de dos á cuatro de la tarde, esas infelices mujeres creen inmediata realidad su salud, su ventura. Algo es algo. Quizás con ello endulzan en la inconcluible noche hospitalaria, las sacudidas del dolor y el son lúgubre de los ecos que tiemblan en la sombra.

Contra el espaldar de la cama que ostenta el número 8, se medio incorpora una viejecita de cuerpo enjuto y cabellos de nieve. Su cara parece tallada en marfil viejo. La nariz es correcta; negras las pupilas, que lucen melancólicas entre las arrugas de los párpados; la boca se contrae irónica; el cuello se inclina hacia los hombros. Sus manos, caídas al largo de la sábana, la recorren con el remate de las uñas, produciendo sordos ris-rás.

Está la viejecita abstraída; puesto el mirar á la ventana, á su cama frontera. Por los cristales

entra el sol y, deshecho en átomos de oro, se cierne sobre los cabellos de plata.

Nadie vino al lecho de la anciana. Pasan los minutos, se acercan los que han de anunciar el fin de la visita y nadie acude á la cabecera de la enferma. Ella no da trazas de esperar á nadie tampoco. Al menos ni una vez dirige á la puerta sus ojos; fijos continúan en el rayo de sol que entra por la ventana.

—¿Mira usted á la del número 8?—me pregunta el interno. ¡La pobre! Saldrá de aquí para el depósito. Muere, poco á poco, de consunción.

—Los años...

—Y algo más que los años. Hable usted con ella, se lo agradecerá.

—¡Vamos, doña Rosa, hoy no tendrá usted queja!—prosigue el interno, llegando conmigo al lecho donde se consume la anciana.—Le traigo una visita.

—¿A mí? ¿Quién es?

—Este señor.

—No le conozco.

—Pero él quiere distraerla, charlando con usted un ratito.

—¿Curiosidad?

—No tengo ese vicio. Diga usted interés y quizás acierte.

—¿Interés? Ninguno puede inspirar una mujer vieja, si es, por añadidura, pobre.

—Interés, y grande, he sentido viéndola á usted sola, cuando todas sus compañeras tienen quien las visite.

—A mí no me visita nadie. Sola llegué á esta casa, va para tres años; sola continuo; sola me tocará morir.

—¿No tiene usted amigos?

—Se me acabaron todos cuando vino la pobreza y la ancianidad.

—¿Hermanos?

—Los que tenía han muerto.

—¿A qué decir que no tiene hijos!

—Los tengo, pero... no vienen nunca.

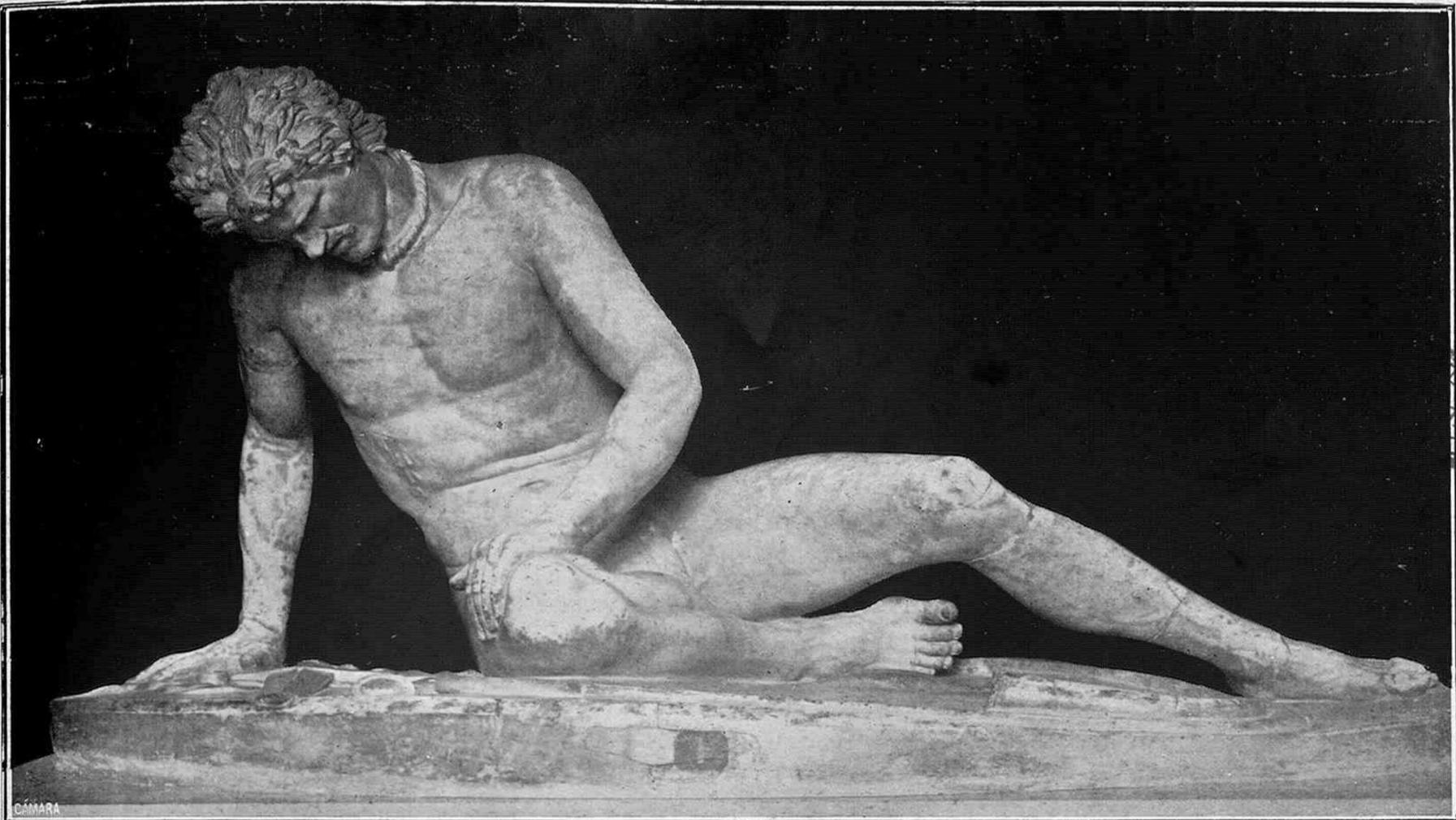
—¿No pueden?

—No quieren.

Y la viejecita, apartando de mí sus ojos, los puso en el sol que transparentaba los vidrios.

JOAQUÍN DICENTA

LA ESCULTURA CLÁSICA



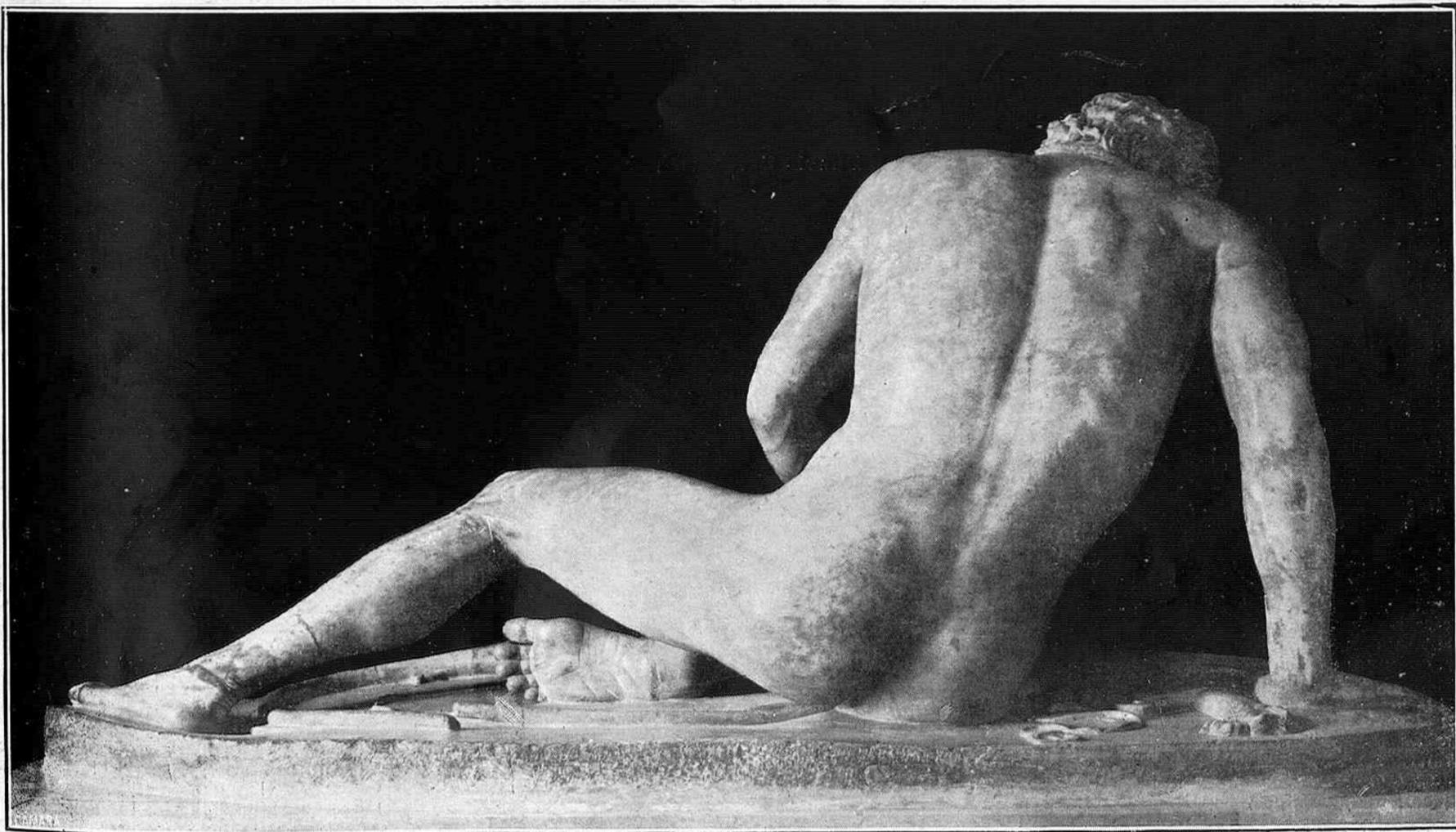
GLADIADOR MORIBUNDO

Los episodios, accidentes y figuras principales de los combates de gladiadores han dado motivo á numerosas obras de arte inspiradas en las actitudes viriles, gallardas ó trágicas de los combatientes.

Desde los monumentos funerarios etruscos hasta los cuadros de pintores franceses como Gérôme é ingleses, como Alma Tadema, es una larga serie de obras escultóricas ó pictóricas que representan verdaderos himnos plásticos á la valentía y á la fuerza humana.

Algunas de estas obras son de un renombre universal como el famoso bajorrelieve de las tumbas de Scaurus, donde se representan las distintas maneras de combatir. También es una verdadera obra maestra el *Gladiador combatiendo*, de Agasias de Efeso, prodigio de anatomía sabia y justa, que se conserva en el Museo del Louvre.

Este gladiador moribundo que reproducimos hoy es una de las obras más puras de la escultura que existen en el Museo Capitolino de Roma.



TENEÓ
BIBLIOTECA
N.º 10

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS
UN CARICATURISTA ORIGINAL



“Un episodio del Diluvio Universal“, dibujo de Alcalá del Olmo

En la reciente Exposición de Humoristas celebrada en casa de Alier, tanto como las obras de los jóvenes maestros ó de los populares dibujantes conocidos del público y de la crítica, fueron admiradas y celebradas las obras de un artista absolutamente inédito: Juan Alcalá del Olmo.

Eran dibujos arbitrarios y regocijados, rebosantes de una sana alegría, de un bondadoso humorismo que nada pedía á las dos únicas fuentes de inspiración de la caricatura española: la política y la pornografía... más ó menos disfrazada de ingenio.

Esto, en lo que se refiere al espíritu, á la índole moral de las obras. Técnicamente, respondían también á una indiscutible originalidad. Podríamos, esforzándonos en buscarle una filiación, encontrar las huellas de Epinal, el admirabilísimo dibujante del segundo imperio francés. Como la «imagen» de Epinal, estos dibujos de Alcalá del Olmo son brillantes y simplicísimos de colorido regocijados de asunto y dan sensaciones plácidas, tranquilas, como un descanso de la mirada y de la sensibilidad.

Pero Juan Alcalá del Olmo va más allá todavía. Recuerdan sus dibujos la policroma exuberancia de colores y líneas de vidrieras, ó los motivos decorativos de cerámicas y mayólicas, y también, á veces, son á la manera de modelos de tapicerías y papeles de habitaciones.

Hijo de su siglo, Alcalá del Olmo comprendió la orientación preferentemente industrial

del arte contemporáneo, y contribuye á fomentar esa orientación. Y siempre en un sentido humorístico, zumbón, en que todo—los hombres y las cosas, la fauna, la flora— aparece caricaturizado con una jocundidad extraordinaria. Todo ríe en sus di-



JUAN ALCALÁ DEL OLMO

bujos, con la risa clara, feliz, que nos causan los aspectos grotescos y sin transcendencia. Se adivina, incluso, la risa del autor, que es el primer complacido; que conforme va agrupando, con experto sentido armónico, líneas y masas, recibe en su propio contento la mejor recompensa. Juan Alcalá del Olmo empieza su carrera artística mediado ya el sendero de la vida. Ha cumplido ya treinta años y antes de cristalizar su ingenioso talento en unas caricaturas que vienen á renovar y ampliar el concepto ideológico y técnico, de este arte en España, intentó varios y distintos rumbos: cuatro años de ingeniero industrial, uno de preparatorio para la carrera militar, y actor.

En esta última profesión persiste aún. No es nuevo el caso. Anteriores son los de otros caricaturistas que también sintieron la atracción de la farándula. Fresno y Robledano, por citar sólo á dos, han sabido hermanar la creación de tipos cómicos sobre el papel y en sí mismos.

Juan Alcalá del Olmo, de igual manera que Fresno y Robledano en otro tiempo, simultanea ahora las dos artes.

Una vida tan pintoresca y pródiga en accidentes como la del actor, es siempre gran maestra de humorismo. A lo largo de las ciudades y de las gentes el actor vive una vida mucho más intensa que los demás hombres. Acostumbrado á las exageraciones inevitables en la exageración de sentimientos y en la composición de tipos, el actor cómico adquiere

re una experiencia valiosísima para el caricaturista. Nada parece, pues, tan interesante como la vida de farándula copiada por un cómico que sepa dibujar sintetizadas, estilizadas, las impresiones en álbumes de caricaturas, reproducirlas de un modo más exacto que un libro de memorias, toda la farsa joco-dolorosa que el autor gozara y sufriera durante algún tiempo.

Sin embargo, en los dibujos de Juan Alcalá del Olmo no encontraremos jamás cuadros del mundo inquieto del teatro. Incluso tampoco de los momentos ó episodios que nos son comunes y contemporáneos.

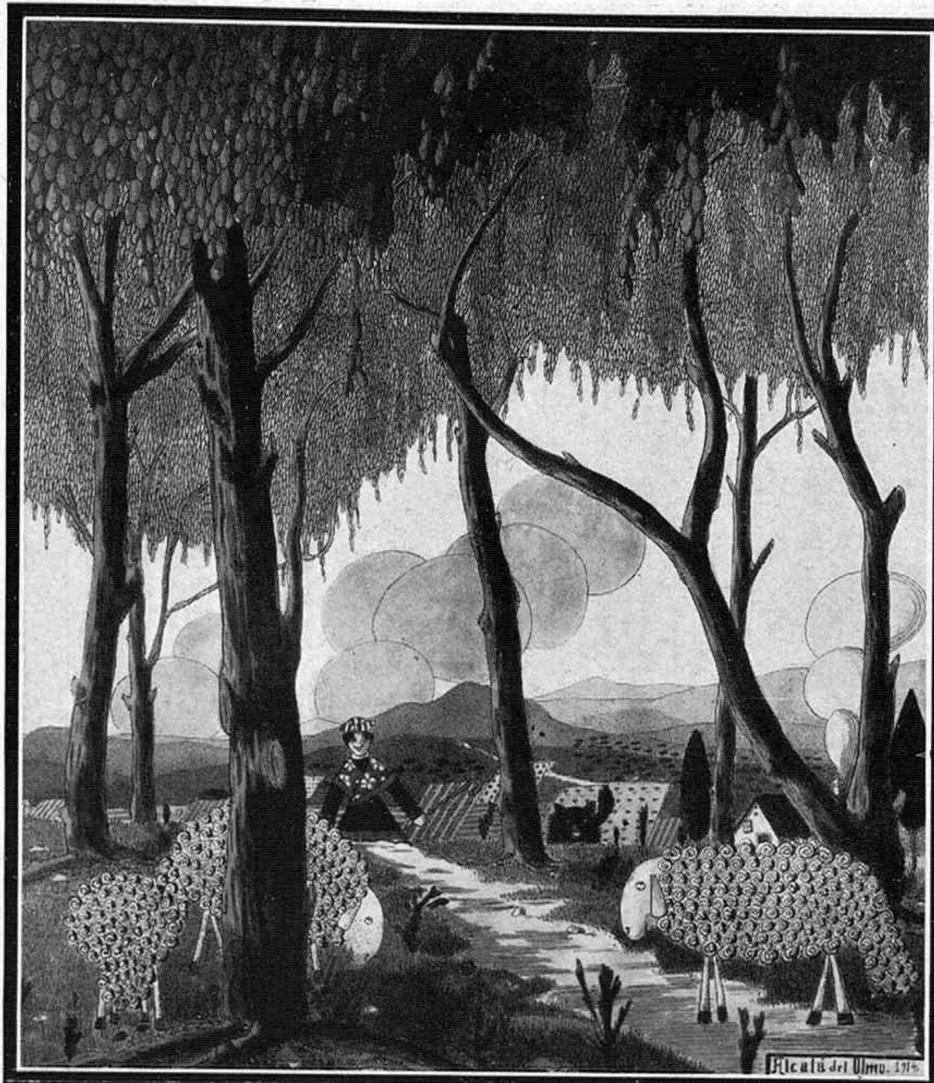
Las caricaturas de Alcalá del Olmo pueden ser clasificadas y reunidas en tres series distintas: retrospectivas, pictóricas y exóticas.

Los aspectos cotidianos no parecen interesarle. Necesita vibraciones de color, distintas á las que puede poner en sus ojos la visión gris y monótona de una calle ciudadana, ó unos cuantos individuos vestidos de americana ó de levita.

Por eso interpreta episodios bíblicos—sin el menor asomo de irreverencia, por supuesto—como la *Adoración de los Reyes*, publicada en el número extraordinario de LA ESFERA, como *El Diluvio Universal* y *Jonás ante la ballena* reproducidas en estas páginas, como aquel *Adán y Eva* en el Paraíso, que constituía uno de los éxitos de la Exposición de Humoristas.

Aquí—y también en las composiciones fantásticas, arbitrarias del género de *Aquelarre*—la riqueza imaginativa de Alcalá del Olmo encuentra ancho espacio para creaciones divertidísimas que no pueden contemplarse sin que la risa acuda espontánea á nuestros labios.

Idéntico y bien orientado humoris-



“La pastora y las ovejas”, por Alcalá del Olmo

mo respiran sus caricaturas de cuadros célebres, como por ejemplo, el *Íbero* y *Leandro* de Keller, ó los caballeros del Greco y de Velázquez, que interpreta con pleno dominio de las distintas técnicas y los diferentes temperamentos de cada pintor.

Finalmente, y así como ve los paisajes con una mirada que podríamos adjectivar «infantil» á la manera de la naturaleza de juguete que interpreta el caricaturista francés Hellé, le agrada fantasear sobre tipos y costumbres de tierras lejanas, sobre todo del Oriente tan tentador por su luminosidad para este artista enamorado latamente del Sol y de los azules del cielo y del Mediterráneo.

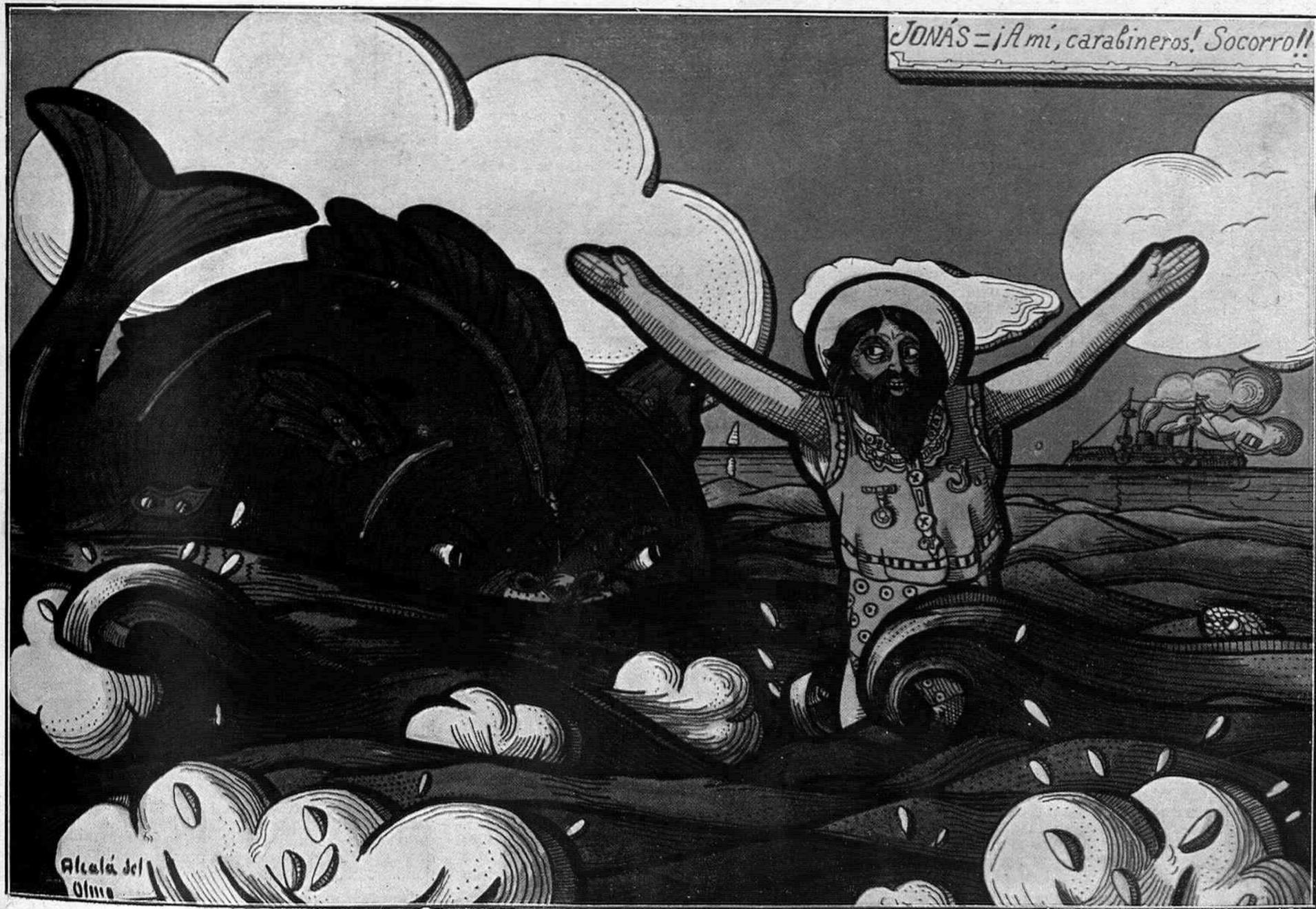
En las caricaturas de este último género, la fantasía pródiga y el colorismo brillante, un poco agrio, quizás, de Alcalá del Olmo, se alían para componer cuadros de ingénuo gracia, de instintivo «humour».

Con la misma escrupulosidad documental—que luego falsea arbitrariamente, á su capricho—interpreta episodios del africano desierto ó escenas que podrían ilustrar los cuentos indios de Kipling, que pinta paisajes de abanico con cerezos en flor y musmés frágiles como muñecas atravesando inverosímiles puentecillos bajo los quitasoles polícromos de dragones y cigüeñas, ó ve al abuelo Egipto como un chiquillo que dibujara monigotes en las márgenes de un libro erudito de Maspero.

Bien venido sea al arte humorístico español este dibujante que agita sus pinceles como un tirso y que cruza por la vida con la risa en los labios.

Alcalá del Olmo no solicita la sonrisa; exige la carcajada.

SILVIO LAGO



“Jonás perseguido por la ballena que se lo tragó”, dibujo de Alcalá del Olmo





THEODOROS

LOS FUNDADORES DE ESTADOS

Abisinia

SUMIDO en la más espantosa de las anarquías se encontraba el que fué poderoso imperio etiópico, al comenzar los albores del siglo XIX.

Cada uno de los jefes abisinios que había conseguido reunir un puñado de partidarios y apoderarse de una insignificante porción de territorio, se había constituido en jefe independiente de su pequeño estado, contribuyendo á aumentar la disgregación y aniquilamiento de esta antiquísima región del continente africano.

Descollaban por su importancia las provincias independientes del Tigré, Amhara y Xoa, por constituir en conjunto la más importante porción del extinguido imperio de Etiopía; en ellas reinaban príncipes más ó menos emparentados con la última dinastía que había regido los destinos del disuelto imperio, y sus ejércitos eran á su vez los más numerosos y aguerridos de entre sus similares.

En tal estado de disgregación se encontraba Etiopía cuando apareció á fines del primer tercio del pasado siglo, el hombre que estaba destinado á unificar aquella región, fundando con su esfuerzo el actual imperio.

Era este un tal Kása que había nacido en la Abisinia Central hacia el año 1818. Su padre Haito y su tío Refou eran gobernadores del pequeño estado de Kouara. Por línea materna descendía de los emperadores etiopes sucesores del Salomón bíblico y de la reina de Saba.

Hacia el año 1839, habiendo muerto el padre y tío del joven Kása, sus parientes se apoderaron de su herencia y recluyeron á Kása en un convento; no pudieron, sin embargo, disfrutar por mucho tiempo el fruto de sus rapiñas, pues habiendo conseguido huir de su reclusión, reunió el fugitivo algunos partidarios y consiguió en breve apoderarse de Dembea, ciudad del Amhara,

gobernada por Ras Alí, con una de cuyas hijas casó el príncipe etiop.

Prosiguiendo su victoriosa campaña, conquistó á Gondar, la antigua capital de la Abisinia, haciendo nacer estos triunfos en el joven Kása, la idea de reconstruir y unificar el imperio etiópico.

Aunque vencido más tarde por Gocho, príncipe de Godscham, consiguió al año siguiente (1853) derrotarle y darle muerte, anexionándose sus estados. También hubo de someter á la obediencia á su suegro Ras Alí, que había intentado sacudir el yugo de Kása; y habiendo éste conseguido en 1855 conquistar el Tigré, se hizo coronar como Negus ó rey de los reyes de Etiopía, bajo el nombre de Theodoros, y estableció su capital en Ankober.

Quedaba independiente todavía la región de Xoa, que no tardó mucho tiempo en pasar á formar parte del naciente imperio, consiguiendo el antes oscuro príncipe, ver realizado su sueño al encontrarse poderoso soberano y fundador del actual imperio abisinio.

Restablecida la paz en sus estados, Theodoros, enérgico y despótico, se ocupó de la regeneración de su país, ayudándole en su tarea los ingleses Bell y Plowden, que como consejeros del Emperador contribuyeron en gran manera á civilizar el imperio. Queriendo salir de su aislamiento, intentó el Negus entrar en relaciones con Inglaterra, pero ésta puso como primera condición que Theodoros renunciara á sus proyectos acerca de Massoua y Egipto, á lo que se negó el Emperador, quedando por esta causa temporalmente interrumpidas sus relaciones diplomáticas.

En 1862 Inglaterra y Francia reanudaron su expansión comercial con la nación abisinia. Theodoros mostróse satisfecho en un principio de que ambas potencias volvieran á entablar re-

laciones amistosas en sus estados, pero pasado algún tiempo y sin causa justificativa expulsó de la capital al cónsul francés Dejean y mandó en carcelar al cónsul inglés Cameron y á todos los misioneros extranjeros que se hallaban diseminados por sus dominios (1863).

Ante tal arbitrariedad exigió Inglaterra satisfacciones, pero lejos de excusar su conducta, la actitud del Negus se hacía cada vez más hostil para el Gobierno inglés, el cual viendo lo infructuosas que resultaban cuantas tentativas realizaba para obtener la libertad de los cautivos, decidió enviar contra Abisinia una fuerte expedición militar bajo el mando del general Sir Robert Napier.

A la vista del peligro que le amenazaba, Theodoros concentró todo su ejército en la ciudad de Magdalé, donde tuvo lugar el primer encuentro entre los abisinios y las tropas inglesas en 10 de Abril de 1868, quedando derrotadas completamente las fuerzas del Negus, á pesar de la desesperada resistencia que opusieron los sitiados á los soldados británicos.

Después de este desastre, Napier le exigió que se rindiera incondicionalmente, y ante la negativa de Theodoros, emprendió el asalto de las fortalezas que defendían la ciudad el 13 de Abril, apoderándose de la plaza y aniquilando completamente á las tropas etiópicas.

Theodoros, tras heroica lucha, retrocedió con un puñado de guerreros y se sostuvo en las últimas trincheras, donde se dió la muerte antes que rendirse á las tropas enemigas.

Así pereció aquel esforzado príncipe africano, verdadero fundador del actual imperio abisinio, y que sólo debido á sus energías y genio militar, consiguió crear uno de los pocos estados independientes que aun hoy día subsisten en Africa.

C. URBEZ

ARTISTAS EMINENTES



Retrato del pianista Stefaniai, dibujado expresamente para "La Esfera", por el insigne artista Mariano Benlliure

EMERICO VON STEFANIAI



ESTE joven artista nació en Budapest el año 1885, y su educación musical estuvo á cargo, principalmente, del profesor Ferruccio Busoni. En 1906, completada ya su carrera de piano, obtuvo el premio Mendelssohn, y desde esta fecha el artista Stefaniai ha recorrido, de triunfo en triunfo, las más importantes capitales de Europa y América, haciendo resaltar en todas partes su personalidad de músico extraordinario.

El pianista Stefaniai siente singular predilección por las obras de Liszt, cuya música ha sacado del olvido, remozándola y haciéndola oír con devoción cuando en sus grandes conciertos interpreta por modo magistral las creaciones del inmortal artista.

La primera audición que el maestro Stefaniai dió en esta corte la dedicó á los músicos y críticos más afamados, siendo invitados por D. Mariano Benlliure, padre político del pianista, á tan hermosa fiesta que se verificó en el amplio estudio del gran escultor.

La concurrencia numerosa y selecta oyó con verdadero recogimiento y fervoroso entusiasmo las obras musicales interpretadas por Stefaniai, colmando de aplausos al joven profesor por la perfecta ejecución y dominio del instrumento en los más difíciles programas.

Después del mencionado concierto, ha dado otros en el teatro de la Comedia, donde Stefaniai ha confirmado una vez más la justa fama de

que viene precedido. El público y la crítica han prodigado sus entusiastas aplausos al virtuoso húngaro por la genial interpretación que dió á las obras del programa.

Hace próximamente un año que el señor Emérico von Stefaniai, casó con una hija de nuestro gran escultor Mariano Benlliure y durante el viaje de bodas, el joven matrimonio fué sorprendido por la guerra, impidiéndole los acontecimientos el regreso á su país.

El ilustre maestro Emérico von Stefaniai ha dado varios conciertos en Barcelona con gran éxito y ahora tenemos el gusto de poderlo oír y aplaudir en Madrid, los verdaderos amantes del divino arte.

La impavidez de Sir Edward Grey

EN el último número del *Simplificissimus* llegado á Madrid (29 de Diciembre de 1914) el simpático periódico alemán, que no pierde su buen humor, pero ya no lo ejerce sobre sus paisanos, sino sobre Inglaterra, y que en suma se muestra sensato y mesurado, respetando con noble silencio la actitud de Francia, callando sobre Bélgica y sin exaltar las proezas militares germánicas, se puede admirar el cambio de frente que en Alemania ha dado la gran masa con respecto á la guerra.

Nunca mejor que en estos momentos se adivina el alma de un pueblo que á través de sus periódicos satíricos, pues ellos son la expresión genuina del sentir popular, aunque pasado por un tamiz de cultura. La clase baja, el grupo plebeyo y la coalición mesocrática, vuelcan su ingenio sobre las plumas de los periódicos satíricos. Y si alguna vez pudo aplicarse el verso de Froenel, referente á la sátira poética:

Si natura negat, facit indignatio versus...

Nunca mejor que en época de guerra, y refiriéndose á revistas humorísticas. Si la naturaleza negase color, firmeza de dibujo y vigor de expresión á los pinceles de los caricatos, la indignación se los daría...

Pues el *Simplificissimus* abre su último número con una bella caricatura. Una mano cubierta por guantelete de hierro—la mano clásica del caballero medioeval germánico—descorre una cortina roja tras la cual aparece un campo que un agricultor ara... Es la visión de la paz, fecunda y agrícola, tras el honor de la guerra cruel y áspera... Es la visión de futuro que 1915 debe ofrecer á todas las almas de buena voluntad... *Neujahrswunsch 1915...*

Pero lo más significativo que contiene el *Simplificissimus* último es una caricatura unipersonal, de simple desfiguración de un retrato, que presenta á Sir Edward Grey, el ministro de Estado inglés, entre un montón de telegramas y cartas. La caricatura reza como epígrafe: *Programa de Sir Eduardo para el nuevo año. (Sir Edwards Neujahrprogramm)*. Y el que dice sonriente é irónico: «¡Nada de paz! ¡Inglaterra continuará la lucha hasta que el último francés haya caído!...» (*Nichts von Frieden! England wird den krieg fortsetzen bis der letzte franyose gefallen ist!*...)

Aparte de la endiablada intención que respira la caricatura, hay una manifiesta indignación de lo que exaspera á Alemania en esta terrible y vacua guerra. La lentitud y la parsimonia de Inglaterra sublevan los nervios de Alemania. Lo grave es que sublevan los nervios aun de países neutrales, como nosotros...

¡Lentitud á ratos desesperante!... ¡Lentitud que subleva á los nerviosos estrategas de las mesas de café!... ¡Lentitud muerta, estancada, irritante, especialmente para los neutrales y más para nuestro fogoso temperamento de españoles!... Sí; ya se oyen quejas; la guerra se prolonga mucho; va á terminar por un empacho de impaciencia para los neutrales. Como en las plazas de toros cuando un espada se dilata demasiado en la suerte de matar, gemimos nuestro hastío bostezando ruidosamente ó tal vez le increpamos con apóstrofes violentos ó palabrotas groseras, así ahora lamentamos que los pueblos de Europa se duerman demasiado en la suerte de matar. ¡Más aprisa, más aprisa!, gritamos, como si la guerra fuese un espectáculo que se nos brindara exclusivamente á nosotros, y que debiera rematarse pronto para beneficio nuestro, para que nos retiremos tranquilamente á vegetar, á dormir en este *dolce farniente* de nuestro arrabal de Europa, como llamó Bismarck á España...

Y esto es lo que Sir Edward Grey no escucha, y como no lo escucha, procede lentamente, ga-



SIR EDWARD GREY

DIBUJO DE GAMONAL

nando cada día una pequeña victoria diplomática ó guerrera, poco importa. *Festina lente*, parece ser su divisa, su santo y seña. Nuestra educación de espectadores de plaza de toros no resiste esto, y pedimos insistentemente más caballos y más celebridad en la suerte suprema... Los alemanes, contagiados un poco de impaciencia latina, ó porque les conviene ó porque la fingen muy bien, reclaman más rapidez... Que se despache en seguida la guerra es lo que importa. El canciller Bethmann-Hollweg se lo dijo á Sir Edward Goschen (el embajador de Inglaterra en Berlín), el día en que se presentó á lamentarse de la violación de la neutralidad belga y á sugerir la declaración de guerra de la Gran Bretaña como inminente. En la larga conferencia que tuvieron, el Canciller, fuera ya de sí, demudado, rojo, colérico, increpó á Sir Goschen—y al increparle á él, pretendía increpar al fantasma de Inglaterra—por tener cifrada la inminencia de una guerra sobre un pedazo de papel. Luego, como el embajador inglés, que entendía ser reflejo del sentir de su patria, le invitase á retirar de Bélgica las tropas alemanas, que ya le habían invadido, el Canciller, sonriendo, con su sonrisa amarga, replicó: «No es posible... Nuestra victoria es cuestión de tiempo. El triunfo de la baraja alemana está en la celeridad de los movimientos, avances é invasiones, como el triunfo de la baraja rusa está en las enormes masas de hombres acumulados...»

Toda Alemania, desde ese día, sonríe con la sonrisa amarga del Canciller. Sabe que para ella, más que para su fuerte enemiga, el adagio de lengua inglesa tan puesto en circulación en la época moderna: *Time is money*... El tiempo, para Alemania, es hoy más que nunca, oro: oro de dinero y oro de victoria...

Los alemanes pretenden sostener que no es de técnicos militares ni de estrategas avisados la lentitud. Pero ¿es que acaso no fué lento el mismo Julio César en su campaña de las Galias? ¿Y

no fué lento á ratos el mismo Napoleón, el hombre de las fulguraciones brillantes, de las improvisaciones geniales, de las celeridades de relampagueo? ¿No han sido lentos alguna vez todos los grandes capitanes?... A más de que cada guerra tiene sus condiciones particulares y su carácter propio y que «más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena». *Chi va piano va sano e chi va sano, va lontano*, dicen los italianos, cuya prudente reserva reputan los alemanes desaprensión y olvido de las obligaciones diplomáticas, como si ellos no hubiesen sido los primeros en olvidarla...

No me vayais á suponer, por estas frases, un ciego anglófilo ó un germanófilo irritante é irritado. No; soy sustancialmente neutral, en el buen sentido de la palabra—porque neutralidad de impotencia ó de caponería no la deseo ni para mi patria ni para nadie á quien bien quiera—y siento tantas simpatías por el carácter alemán como por el inglés, por la cultura alemana como por la inglesa, por la literatura y filosofías alemanas como por las inglesas. Carlyle ¡tan germanófilo! y Goethe cantan por igual en mi cerebro, y con el mismo deleite leo á Lord Byron que á Enrique Heine, ese ruiseñor germánico anidado en la peluca de Voltaire...

En cuanto al triunfo, si triunfo pleno puede haber para nación alguna beligerante, no he podido entender aún esa *germanofilia* ó *germanofobia* de pugilato que sienten muchos españoles. Hay algo de apuesta—muy característica de casinos de provincia española—en la mayor parte de las discusiones que se sostienen sobre la guerra. ¡Me apuesto tantas botellas á que los alemanes entran en París para el día tantos de tal mes! ¡Me dejo cortar un brazo si los rusos no cabalgan por la Avenida *Unter den Linden* antes del día tantos!... ¡Me juego una cena á que los ingleses bombardean las costas alemanas para tal fecha!... Y así por el orden, en muchas discusiones españolas sobre la guerra... ¿Ustedes creen que esto es serio ni nos da garantías de nación culta?...

En definitiva y á la larga, el triunfo no ha de ser para ninguna de las naciones beligerantes. Agotadas de recursos económicos, exhaustas de hombres, fracasadas en su sistema de ideas centrales, las centrales naciones de Europa; el triunfo ha de recaer, *par ricochet*, sobre América, continente joven y vigoroso. Terminada esta nefasta guerra, guerra sin sentido (~~sense war~~), creo que la ha llamado alguien en Inglaterra y si no la llamo yo), América ha de ser, en el curso de unos años, el nuevo escudo de la Humanidad.

Por mi parte, no apetezco el triunfo pleno para ninguna de las naciones beligerantes. ¡Todas tienen tantas culpas sobre su cabeza, especialmente en lo que á mi patria atañe!... Creo que le conviene á España ese agotamiento; y si sabe cumplir su misión de raza en la América latina, mejor que mejor... Una pérdida para Europa es una ganancia para España, Corea occidental, aparatosa y triste, separada del comercio europeo...

Pero no dejo de admirar bellas virtudes en los beligerantes. Y lo que más admiro es la impavidez estoica de Inglaterra, la serenidad con que desafía el peligro su estoicismo, que Alemania no entiende del todo. Por eso los alemanes, con su sonrisa amarga y con su cara de niños bobos, sin comprender bien, dirigen burlas acres—como la del *Simplificissimus* que ha servido de ocasión á esta crónica—á Lord Kitchener, el general taciturno y templado, á quien nada altera ni turba, y más aún á Sir Edward Grey, el diplomático del rostro impávido y de la fina sonrisa...

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO

no tiene
1915

UN EPISODIO DE LA GUERRA EN EL MAR



SUPERVIVIENTES DEL NAUFRAGIO DEL ACORAZADO INGLÉS "FORMIDABLE", ECHADO Á PIQUE POR UN SUBMARINO ALEMÁN, RECOGIDOS EN ALTA MAR, POR UN BARCO PESQUERO, Á LAS DOCE HORAS DE LA CATÁSTROFE

DIBUJO DE MATANIA

ATENCIÓN DE
BIBLIOTECA
MADRID

LA NOVELA DE UN HIDALGO

PUES señor!... Que no tengo más remedio que contar mi historia. Una historia *barbi*, morrocotuda, excelsa... Pero como no hay otro remedio, basta de melindres y vamos al avío.

En mi pueblo se me conoce por «Blasico». Aquí, en Madrid, me llaman Don Futraque. Pero ni aquí ni en mi patria son verídicos. A Dios gracias, mi nombre tengo, nacido y arraigado de hidalgo y antigua cepa castellana, gloria de la que no podrán ufanarse muchos é ilustres próceres que lo mismo dictan leyes que aparecen millones. A esos próceres les dispenso un olímpico desdén, pues ya sabe usted, lector, que no es oro todo lo que reluce y que en esta vida que vivimos, hay algo que vale más que la bullanga, el mangoneo político y el éxito que da el dinero...

Mas si á los «conspicuos» les dispenso tal estima, en cambio, á los otros, á los míseros, á los gobernados que conviven y pululan cabe mi grandeza incomprendida, los miro con lástima y con pena, que no en balde sufren, los pobres, mis propias ansias y penurias.

Bueno que los tales me llamen Don Futraque á causa de un orondo é inevitable *chaquet*, de holgados élitros que visto de tiempo inmemorial. Pero bien acuden á mí cuando han menester de consejo prudente y sabio. Que si el chico entra en quintas... y es hijo de soltera. Que si la fulana «embirra» de muerte con las charranadas de su hombre... y á mucha honra. Que si manganita concibió de señor casado y con posibles. Que si el memorial al Rey. Que si la carta al pariente rico... En fin, que este Don Futraque es una á modo de Providencia, y en casos de apuro, y en no siendo dineros, salen estas gentes de mi vera consoladas y satisfechas y haciéndose cruces de tanto altruismo y sabiduría.

Y puesto que ya sabe usted, señor, por qué me llaman Don Futraque en el barrio madrileño donde á la presente yazgo, vamos á lo del «Blasico» de mi patria, que todo es menester para el entendimiento de esta verídica y edificante historia.

Yo me llamo León... es decir, Don León García de Briones, Núñez de Avendaño y Mata de la Herrumbrosa del Horcajo de Santiago, y una porción de cosas más.

Como verá su merced, lector excelso, soy hidalgo por los cuatro costados. Hidalgo manchego, y para mayor honra, nacido en un lugarón, sito á seis leguas del Toboso y á tres de Argamasilla de Alba. No intentaré ofender vuestra cultura explicándoos todo lo que esto significa. ¿Verdad? Y claro es, que aunque mi hidalguía peque de desmirriada y pobre, no por ello deja de ser grande é impoluta. A sus cánones me acomodé y en ellos vivo por *sécula seculorum*.

Pero vamos por partes. Uno de mis abuelos pereció en Estella defendiendo á su Dios, á su Patria y á su Rey, cual correspondía á un hombre de su linaje. De los otros abuelos no es ocasión de hablar ahora. Ello es que papá quedó huérfano siendo bastante mozo, y aunque los deudos le enviaron al Seminario Conciliar de la provincia con la idea de agenciarse una congrua que evitara la ruina de la casa solariega, papá no hizo nada de provecho, sino por el contrario ayudó á la catástrofe con su vida jaranera y dispendiosa. ¿Conque, cura de almas, eh? Buen cura nos dé Dios. A los veinticinco años volvió al hogar sin carrera, oficio ni beneficio. En cambio, era el primer bolichero del partido, el mejor de los bandurristas, y el que ¡ay!, no dejaba corazón tranquilo ni honra femenina sin entre dicho. La crónica lugareña andaba unas mijas de alarmada con tanto descoco y devaneo; pero como se trataba de un hidalgo, que gastaba rumbosamente sus menguados posibles, todos hacían la vista gorda y sonreían por ese instinto atávico que suele resurgir en los pueblos como resto de las antiguas mesnadas...

Sin embargo; más de algún justo varón tachara á papá de socialista y perulero, mengua de la raza, y negación de la ingénita hidalguía; pero, sí, sí. Una higa se le daba á él de estas severas y justas apreciaciones. Con el resto del naufragio de la que fué nuestra hacienda iba el hombre trampeando talcualmente, aunque no necesitaba ser un lince para comprender que con aquella vida no tardaría mucho en quedarse *in albis*, á menos que la prima Doña Blasa...



Esta prima merece su inevitable presentación, pues de ella me vino el mote de «Blasico», y como leerá su merced, algo más que el mote.

Atención. Tengo el gusto de presentar á Doña Blasa de Trijueque Hinojosa de Valdés y Mata de la Herrumbrosa del Horcajo de Santiago (¡María Santísima!) Era prima de papá en tercero ó cuarto grado. Mayorazga, ricacha cuarentona, de bastante y lucido rojo, un poco bizca y un mucho bigotuda, dominante y orgullosa. Este orgullo hízola inaccesible á la coyunda con cualquiera de los hidalguetes y majagranzas adinerados del lugar. Amaba en secreto á papá, y aunque contaba diez años más que él, siempre mantuvo la ilusión de llevarlo al tálamo, de grado ó por fuerza. En estos escarceos y arrumacos anduvieron siempre. Ella emperrada y él convencido de que la prima no dejaría de tenderle la tabla de salvación á la hora del total naufragio de la hacienda y así se dejaban ir tan ricamente. Unos días, acordes, y los más, á la greña por celos de ella y devaneos del hidalgo...

Tenía Doña Blasa á su servicio, una entre doncella y confidente, parienta pobre, deuda avispadilla, muy laboriosa y guapa en demasía. No se sabe cómo fué. Pero sucedió que un día se enteró la mayorazga de que su doncella había dejado de serlo mientras que el primo ganara plaza de felón y fementido. ¡Dios de Dios! Los odios é indignaciones de la dama llegaron al rojo blanco. Papá, autor consciente de aquel estropicio, temió las iras de la señora y las consecuencias del tonto desafuero y liquidando con un matafías del lugar cercano, también hidalgo hasta las cachas, los restos de su bien, anocheció y no amaneció tomando rumbo hacia las Américas que por aquel entonces se hallaban ubérrimas y providentes para todo noble sin acomodo y todo innoble sin mijas de aprensión. El rastro de papá perdióse en aquel rumbo como gota de agua que cae en ancho y proceloso mar...

Un 28 de Junio, día de San León, vine yo á este mundo de pecadores á penar delitos que cometieron otros, haciendo purgar á la ex doncella infeliz la culpa de haberse dejado seducir por las galanuras de papá.

Dolida la mayorazga de tanta desdicha, dió tierra á la madre y prohijó al fruto de tanta livianidad depositando en mí el querer que profesara al enemigo malo. Pero era el suyo un querer mezclado de rencores. Dios me perdone, pero yo creo que aquella protección era una refinada venganza contra la veleidad de la moza y la traición del prometido. Ahondando, ahondando en el archivo de mis recuerdos, se me representa el ceño adusto y avinagrado de Doña Blasa. Sus duras y destempladas azotinas. Los insultos procazes y perennes que aquella virgen defraudada soltaba como latigazos sobre mi alma de niño inerme y abandonado, haciendo creer á todo el mundo que yo era un fruto maldito de pecado, de una mala, malísima ralea, un castigo y aborto del infierno...

En la escuela, los chicos me señalaban con el dedo como un monstruo. Blasico era más que un demonio: Blasico era el hijo sin padres. Blasico para arriba. Blasico para abajo. ¡Puñales! Que aquello era una abominación y una ferocidad inaudita contra un pobre niño indefenso é inocente á quienes todos, empezando por la señora, que á gritos propalaba mi maldad, insultaban por el nefando delito de haber nacido...

Hasta que un día Blasico hizo una de las suvas; y así como la cabra tira al monte por ley fatal é inevitable, Blasico, apenas cumplidos los diez años, se escapó del pueblo maldito, sin rumbo y sin guía, como un pájaro loco, no pudiendo tolerar los malos tratos de la malograda esposa ni los insultos y desprecios de aquel honradísimo vecindario, que vengaba sañudo en un rapaz las demasías y desplantes que celebrara por miedo y servilismo en el jaquetón hidalgo...

Un mozo de mulas de la señora me recogió á los dos días en un descampado donde me halló por casualidad medio muerto de hambre y de fatiga. Metido en un serón me reintegró á los blasescos lares. ¡Misericordia divina! Claro. ¿Qué iba á hacer sino dar pruebas fehacientes de mi mala ralea? Aquella escapada á tontas y á locas, ¿no pregonaba mi perversa condición?...

Así que me repuse de las tollinas, del hambre y del cansancio; ya más ducho y advertido, tomé el tole de nuevo en unión de unos titiriteros que pasaron por el lugar. Y campo atravesado, viviendo de lo que caía en el camino, llegamos á los tres meses á Madrid, donde entré á pie, descalzo y con la ropa hecha girones. En un tejedor de ladrillos, junto al puente de Vallecas, habíamos hecho alto. De aquella época datan mis primeros amores con una niña de mi edad, recogida, tal vez secuestrada, en un pueblecito de Aragón por el tío Moro, que era el amo de la tropa, que me brindara su protección...

La chica tenía unos ojos negros muy interesantes. Era precoz é inteligentísima y daba saltos mortales y hacía muchas cosas de equilibrio y retorcimientos de reptil. Estaba tisiquilla y casi esquelética. Me quería mucho y yo á ella y cuando me escapé de la tropa del tío Moro, lloré amargamente y me entregó, en secreto, diez y seis cuartos que pudo esconder al hacer las colectas con el platillo en los pueblos donde trabajábamos... No nos vimos más. Probablemente se moriría... No tenía más remedio que morirse...

Algún día haré gemir á las prensas con el relato de mi vida y aprendizaje de titiritero. Y algún día, quizás, se verá en letras de molde la historia de los ocho años que pasé en Madrid, hasta el momento en que da principio la novela de mi vida. Porque dentro de mi historia hay una novela de amores; una novela interesantísima que voy á contar á quien sea gustoso de leerla. Conque... atención, y allá va la novela...

ooo

Hay muchas personas ilustradas, de claro y lúcido talento, que no creen en la existencia de las hadas. Esas personas están en un error, porque las hadas existen. ¡Ya lo creo! Como que una de ellas fué la que me dijo...

Por aquel entonces no disponía mi merced, de más bienes de fortuna que un menguado sueldo ganado á fuerza de ansias y sudores en casa de un curial donde iba á escribir pliegos durante ocho horas al día. El resto de la jornada lo invertía en estudiar y en lo que se verá más adelante.

Con dos tristes pesetas tenía que comer, pa-

gar el «hotel» donde me alojaba, mantener mis vicios y ahorrar algo, si venía á pelo. Claro que no fumaba, ni olía el vino, ni por casualidad entraba en un café; pero raciones de vista no faltan á los míseros que viven en Madrid; y yo, que era el mayor mísero de todos, me daba unos atracones estupendos, que si no me hacían daño en la salud del cuerpo, encendían en mí el deseo de muchas cosas que por lo irrealizables, disponían malamente los humores de mi espíritu.

Con tanto ver y con tan poco disfrutar no me apenaba yo gran cosa. El Retiro, la Casa de Campo y el Teatro Real, ofrecen en Madrid espectáculos soberbios para todo el que medio tenga el alma soñadora... ¿Que, cómo me las arreglaba en medio de mi penuria, para no faltar una sola noche al regio coliseo? ¡Bah! Sencilla, sencillísimamente. Haciéndome «alabardero», en cuya noble orden ingresé por recomendación de un compañero de clase. Eramos muchos. Lo menos noventa. Estudiantes, *dilettanti*, alumnos del Conservatorio; militares de graduación modesta... todos buena gente, cultos, educaditos, melómanos y sin dos pesetas. Desde las alturas del paraíso conocí á todas las bellezas de la Corte y á todos los grandes títulos.

El ramo de hermosas ha sido la debilidad de toda mi vida. Allí, en el paraíso, forjábame yo unas quintaesenciadas ilusiones que el misterioso influjo de la música exaltaba hasta lo infinito; pero al salir del teatro, el hielo de las calles, la sordidez de mi cuchitril y los obligados potajes de lentejas y el abadejo con que á diario me nutría, desmoronaban mis ensueños é ilusiones con su brutal é inexorable lógica. Y sin embargo, yo era entonces casi dichoso. Palabra de honor. ¿Quién no es dichoso teniendo por delante el divino tesoro de la juventud?...

Era el mes de Mayo. Huyendo de las incomodidades de mi hotel, íbame á la Casa de Campo al ser de día, y allí tumbado sobre la hierba, leía á Balzac ó estudiaba la Matemática. Y á este punto comienza la novela de mi vida. No recuerdo la hora, pero á mi lado pasó una mujer elegantísima y de una belleza extraordinaria. Iba muy pensativa y no advirtió mi presencia. A los pocos pasos se acomodó en un asiento rústico y empezó á dibujar geroglíficos en la arena con la punta de la sombrilla. Oculto por el ramaje dejé en paz el libro y me dediqué á la contemplación muda y estática de aquella beldad.

Estaba impaciente, nerviosilla. Creyéndose sola adoptó una postura que sin estar reñida con la decencia me permitía contemplar algunas «cosas» que despertaron en mí todo un mundo de sensaciones desconocidas hasta entonces...

¡Cristo y qué hermosa y sugestiva!... ¿Era una mujer, una realidad, lo que yo admiraba? Sí, sí. No cabía duda. Allí estaba, á pocos pasos de mí. El perfume de su persona venía mezclado con el olor á primavera, á juventud, á dichas inefables... La cristalización amorosa fué casi momentánea, y desde el punto y hora en que se me apareció aquella mujer, quedé prendado de ella de una manera insensata y loca...

—Ya tenemos aquí el hada del cuento—se dirá el lector que haya seguido con interés esta narración—. Pero su mercé se equivoca, señor. Era aquella mujer y es á la presente, una mujer de carne y hueso, y si Dios nos da salud y alientos para llegar hasta el fin, no tardará su señoría en conocer á la verdadera hada, no del cuento, sino de la novela histórica de esta hidalga vida.

Digo que me enamoré de aquella aparición como un loco, y no digo nada de más. Me enteré. Era una duquesa auténtica, viuda, riquísima, de belleza deslumbrante, de gracias tentadoras y endemoniadas... Me morí. ¿Qué podía esperar de semejante persona, yo, un hidalgo, pobre como las ratas, que no contaba con más patrimonio que veinte años de angustias y miserias, un trajecillo raído y único, un abandono perpetuo y el temor de verme arrojado el mejor día del «hotel», innoble cuchitril que apenas podía pagar?...

Convencido de estas verdades dolorosas, me daba á rumiar penosamente mi platónico amor. Ella no tuvo noción de mi existencia, ni la tendrá seguramente, pues aunque esta novela caiga en sus manos, ya *tarde piace*... Y sin embargo, ¡con qué ardor, con qué entusiasmo, con qué generosidad la quise toda mi vida! Mi dama tendría por entonces unos treinta años, la edad del verdadero amor en la mujer y se hallaba en todo el apogeo de su fulminante belleza... Un altísimo prócer, un elevado personaje de la Corte galanteaba á la duquesa y era por ella correspondido. Era este personaje apuesto, riquísimo,

poderoso y muy bello y simpático. Era también casado y aunque la esposa conocía el adulterio, no había escándalos ni violencias conyugales porque el prócer los conjuraba con su talento y poderío... Compadeciendo mi desdicha, compadecía de todo corazón el dolor de la noble dama, que también era muy hermosa, aunque no tanto como mi duquesa. La pícara no tenía rival posible.

Yo veía á los amantes durante el invierno en sus palcos del teatro Real y como conocía, como casi todo Madrid, aquellas relaciones, los hilos invisibles de su inteligencia y amorío, me eran claras y lúcidas sus miradas... Yo los ví á solas en el Retiro, en la Casa de Campo, en la Moncloa, donde quiera que la «casualidad» los juntara sin que ellos pudieran sospechar mi espionaje inofensivo... Una mañana, era entre las frondas de la Casa de Campo, al verlos dichosos y felices saborear el néctar delicioso de su pecado, no pude aguantar mi desdicha y caí abrumado y desesperado sobre la hierba. ¡Oh, ce'os! ¡Oh, rabia! ¡Oh, dolor de la impotencia!... Quien no ha pasado por el dolor inefable de los celos no podrá comprender mi angustioso martirio. ¡Aquellos besos, aquellos abandonos, aquellos éxtasis!... ¡Horrible, horrible!!

Así estuve mucho tiempo, no sé cuanto; pero debió ser mucho cuando sentí que me llamaban dulcemente. Alcé la cabeza. Los amantes habían desaparecido. El hada me sonreía con tristeza y dulzura.

—No te apures, pobre mío. ¿Has visto á esos qué felices y qué dichosos?... ¿Has padecido lo grande, lo intenso de su felicidad? Pues fíjate

Desapareció el hada y yo caí abrumado sobre el césped.

ooo

Pasaron muchos años y pasaron, entre el cielo y la tierra, muchas cosas. Después de los años y de las cosas que pasaron, el hada se me apareció de nuevo y me dijo:

—Todo está escrito en el libro del Destino; por eso sucede todo en tiempo justo. Cierto que á la presente no has salido de una modesta medianía; pero estás sano, eres bueno y te hallas contento con tu suerte. He ahí á tu duquesa...

No gozaste el néctar de su amor; pero eso nada importa. Gozaste otros néctares no menos deliciosos aunque más modestos. Porque todos los amores son iguales, y si se diferencian en algo, es en el grado de ilusión que en ellos se pone. Ilusión, todo ilusión. Si hay algo de cierto en el amor, es su natural sencillez, como es natural y sencillo el perfume de las flores... ¡El amor verdad... el amor quimera! He ahí lo que fué tu amor.

...Mírala vieja, reumática, deforme y achacosa. Mírala dándose cuenta de que no tiene á su lado más que deudos codiciosos y criados hipócritas esperando con ansia la hora de su muerte, como una bandada de buitres carniceros. De su belleza y pasado esplendor... ¿Qué es lo que queda?.. Mírala, impotente, desesperada, enloquecida de dolor, porque con todo su oro, no puede comprar una hora de sueño, ni puede aplacar la miseria que la ataraza, ni alcanzar el descanso eterno, pues le están cerradas las puertas del Empireo... Por gozar de una hora de la paz que tú disfrutas, te daría toda su fortuna,



bien en lo que voy á predecirte. Ha de llegar un día, en que *Ella* y *El*, esos dos á quienes tú contemplas como el sumo de la felicidad terrena, te envidiarán ansiosamente. Te envidiarán. Todo llega, todo cambia, todo pasa. Ten fé en la vida. El pasado no existe, el presente es doloroso para tí... Pero esos dos te envidiarán...

Me incorporé para ver mejor á quien así me hablaba. Era un hada... Una hada rubia, transparente... Vestía de blanco... Sonreía como un ángel.

Creí soñar y me hallaba muy despierto. Era indudable. El hada estaba allí, á dos pasos, sonriendo siempre. ¿No se burlaba de mí? Lo que me había augurado era de una ironía sangrienta.

¿De modo que yo, pobre y mezquino, obscuro, miserable..., yo, precisamente yo, iba á ser envidiado por aquellos dos seres que se amaban y poseían todos los bienes de la tierra? Gemí dolorosamente. Era muy grande el sarcasmo de la profecía para que yo no lo sintiera con todo mi corazón. Iba á protestar de la burla, cuando el hada me ordenó con el gesto que guardara silencio.

—Ten fé y espera—añadió—. Nos veremos de nuevo y te convencerás.

te daría su cuerpo deformado, te daría su alma desesperada...

...En cuanto al otro, el prócer altísimo, el poderoso personaje que ha veinte años gozaba del amor de la duquesa, míralo como duerme el sueño de la muerte allá en el obscuro panteón de sus mayores... Murió joven... murió joven y no gozó de la dicha de vivir que tú disfrutas. Míralo. De tanto poderío y de tanta riqueza sólo quedan unos cuantos jirones infectos colgando de un esqueleto ennegrecido...

—«Ten fe y espera»—te dije—ofreciéndote que de nuevo nos veríamos. Y aquí me tienes. Mi profecía se cumplió. Eres feliz y ellos te envidian. Eres pobre, pero estás contento con tu suerte, y ésta es la mayor de las felicidades. ¡Estar contento! La alegría es la sal de la vida. A cambio de tu felicidad te exijo, mi pobre y querido hidalgo, que les cuentes á todos la novela de tu vida y tal vez alguno hallará consuelo en sus desdichas si las compara con las tuyas. Con eso basta...

Y he aquí lector amable y pío, lector excelso, que me siguió hasta el fin, porqué dije al principio de este cuento que no tenía más remedio que contar mi historia.

PEDRO BALGAÑÓN

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



CÁMARA

PROSA LÍRICA

DIBUJO DE CEREZO VALLEJO

Y JUZGARON AL HOMBRE...

TODA la noche ha reinado el silencio. Apenas si el viento susurró sus cuitas á través de las frondas del bosque.

La voz de la fauna nocturna enmudeció. Los perros no han ladrado á la luna ni al paso del inesperado caminante. Los ruiseñores, cobijados en el encinar, no gorjearon; las cigarras suspendieron la sinfonía de sus élitros; y hasta las ranas, locas y parloterías, renunciaron á su algarraba en las márgenes del río.

Dijérase que todos estos pequeños seres estaban absortos ante la magnitud de lo que habían visto. Y es que en el escenario donde sus vidas transcurrieron perennemente sosegadas y tranquilas, jamás ocurrió espectáculo tan trastornador y tan espantoso. ¡Qué cosas más inopinadamente horribles acontecieron en aquellos campos hasta entonces floridos de alegría y de bienandanza!

ooo

La campiña fértil y lozana tenía las pintorescas galas que envanecieron siempre á las tierras francesas. Los sembrados se mostraban espléndidos. En los prados, los herbales ufanábanse vestidos de esmeralda, y los henos, tumbados por la guadaña, esparcían sus sanas fragancias.

Al borde de los caminos las casitas campesinas se aureolaban de quietud y de paz. Los huertecillos eran un alarde de fecundidad, los frutales una bendición, y un trozo de jardín ante cada hogar rubricaba con el colorido gayo de sus flores la soberbia página de hermosura campestre.

Del dulce panorama se desprendía como un canto geórgico, plácido y tierno. Y en la comarca se respiraba la beatitud y la dicha que emanan de los agros ricos, mimados por las caricias de Ceres pródiga.

Las figuras que animaban el paisaje eran sencillas y amables. El labriego francés es producto cabal de su tierra y ostenta la misma placidez y parece contagiado de su generosidad y de su gratitud, y así su espíritu es bonancible y alegre como la perspectiva de los valles patrios.

Los que no lo hayáis conocido, acudid á los

cuentos de Daudet ó Maupassant y allí lo encontraréis en toda su pureza y genuinidad.

ooo

En aquel rincón de los campos regados por el Marne, una honda conmoción lo había perturbado todo. Al poema eglógico que allí de ordinario se cantaba—apto para enamorar á un poeta á la manera de Mauricio Rollinat, el trovador de los campos de Francia—sucedió una oda épica, recitada por el estruendo de los cañones, subrayada por el silbido de las ametralladoras. La catástrofe asoló los campos como una tromba pavorosa y feroz concebida por la iracundia, encarnada en la insensatez, el furor y la cólera; y tanto la amorosidad de los valles como la tranquila paz de los montes, fueron inmolados en holocausto impío, en tributo á un dios de exterminio.

¿Y por qué...? ¿Qué sabían de ello los pacíficos moradores del bosque, los humildes habitantes de las eras, los diminutos ciudadanos de los cañaverales del río...?

ooo

En la alta noche, el vilano meditaba encaramado á un olmo superviviente; el grillo, entre los trigales, quería abarcar la inmensidad del mal, y hasta el sapo, con sus enormes ojos estupefactos, trataba de descubrir el misterio. Los personajes de Lafontaine no sabían el origen de aquella locura que arrasó los campos, descuajó los árboles é incineró los caseríos, envolviendo en humo y en fragor la campiña entera, invadida durante negros días de tumulto por hordas extrañas y formidables.

El ruiseñor y el mirlo, el gorrión y el cuclillo—así como el jiguero que libertó de su jaula Paulinette, la hija del guarda bosque, cuando antes de la catástrofe huyó de la aldea con sus convecinos—, no habían presenciado nunca cosas tan terribles. Hasta entonces, únicamente les sobresaltaron los chiquillos que subían á los árboles en busca de nidos y el viejo cazador que

paseaba los campos, resueltamente agresivo, con una vetusta escopeta dirigida de vez en cuando contra los tordos.

Pero desde que sobre los campos aparecieron las falanges de hombres cubiertos de arreos es-
trafalarios, los rapaces campesinos desertaron y escapó el señor enemigo de los tordos, sin duda avergonzado ante los cazadores provistos de magníficos fusiles que nunca apuntaban á los pájaros, sino que disparaban contra los hombres. ¡Cosa más absurda! El hombre cazando á sus semejantes como á las codornices.

Era preciso que la fauna supiera á qué obedecían tan estupendos sucesos. Las golondrinas se lanzaron á esclarecerlo. A la luz de la luna, en la primera noche de quietud después de las pavorosas jornadas, cruzaron los aires y fueron en busca del filósofo de la aldea, el viejo asno de la noria del huerto del señor Roque. El venerable jumento sabía el secreto de las cosas todas. Dando vueltas en torno del desvencijado artilugio descubrió la razón de lo existente.

Pero he aquí que ya no volverá á filosofar. Las golondrinas lo hallaron muerto, al lado de la noria deshecha, con la panza abierta por un casco de granada.

Sin duda la metralla estimó de un gran altruismo redimir al pollino de su aburrida caminata circular.

Y desconsoladas las golondrinas emprendían el regreso al bosque, cuando percibieron en los aires una trepidación, viendo aparecer á un pájaro gigantesco y extraño sobre el cual un hombre cabalgaba. Rugía aquel ave infernal y al pasar sobre un caserío arrojó un bólido de fuego.

La revolución de la tierra había invadido también los espacios. Y tales pájaros ruidosos y estrambóticos atacaban á los hombres. ¿Cómo podía concebir esto la dulce condición de las golondrinas?

ooo

Visto el fracaso de éstas, la fauna del bosque envió al zorro para que descifrara el misterio de la trágica conmoción. El zorro se fué á la aldea

recorrió sus callejas, deslizóse como en los días de paz por las portelas de los corrales campesinos.

Los habitantes del pueblo habían escapado. El zorro podía pasear impunemente por todos sitios. Presentaba el villorrio el aspecto de un corral, bien poblado, del sanguinario saqueo de los raposos. Los hombres, sus sempiternos perseguidores, yacían muertos, en montones, acribillados á balazos unos, acuchillados otros. Díjase que habían sido cazados como una manada de lobos.

El zorro sintió profunda conmiseración por el hombre, su enemigo. ¡Estaba tan lamentable yerto, rígido, abandonado! Junto á él se alzaban unos espectros imponentes: eran caballos muertos también, hinchados, monstruosos.

¿Por qué todo aquello tan inexplicable y tan macabro?

En la plaza del pueblo, donde jamás osó asomar el hocico, tuvo el zorro una iniciativa genial. No había alma humana: aquellos cuerpos exánimes, inmóviles sobre el suelo, no tenían ya alma. El caserío estaba convertido en pavesas. Sólo la torre de un templo se alzaba incólume y en lo alto veíase el nido de una cigüeña. Este viejo pajarraco era un arcano de sabiduría. El zorro se imaginó que en aquellas circunstancias insólitas podrían entablar relaciones, que nunca fueron amigos el ave y el raposo.

—Señora cigüeña, ¿quiere explicarme qué ha sucedido? ¿Por qué tanto absurdo y tanta crueldad?

Y la cigüeña dejó caer la solemne revelación:

—Es la guerra, la fatídica guerra que los hombres emprenden cuando sienten sed de sangre y apetito de venganza. Es decir, cuando ellos dicen que necesitan defender la dignidad y los intereses de su patria.

Esto último no lo entendió muy bien el zorro. Pero le bastó enterarse de lo primero para correr á propalarlo por todos los ámbitos del bosque.

La alondra lloró tanta barbarie. El ruiseñor envidió al topo porque no tenía ojos para testimoniar aquellas maldades. El buho se estremeció ante el horrendo crimen. Y hasta la víbora lo execró.

Y cuando el sol despuntaba el carillón de



Un molino destruido por el bombardeo

la iglesia no le saludó como solía en todas las auroras, porque también fué destrozado, y una tristeza inmensa envolvió los campos.

ooo

En el horizonte aparecieron los negros cuervos. Su vuelo trazó tétricas espirales sobre los cuerpos de los hombres muertos; su graznido lúgubre anunciaba el placer de su fúnebre glotonería. Uno de ellos, horrible como una maldición, se movió del duelo que atribulaba á los otros pájaros.

—¿Por qué no os alegráis de que el hombre, el tirano, el enemigo perezca y se destruya?

Unas blancas palomas refugiadas en el encinar protestaron:

—Nosotras no podemos celebrar la muerte del hombre, porque el hombre necesita vivir. El es grande y más útil que todos los demás seres y desde luego más indispensable que vosotros, infames cuervos, que os deleitais con la carroña. Nosotras queremos la paz: que por algo los hombres nos toman por su símbolo.

Y el caballero cuervo, que era tan feo y tan implacable como el del poema de Eduardo Poé, replicó con la misma fatalidad con que aquél se expresaba:

—Si el hombre quiere exterminarse ¿por qué hemos de lamentarlo? No se creará tan necesario cuando se destruye mutuamente. No odiará tanto la guerra cuando la promueve sin que ninguna fuerza superior se lo imponga. Porque nosotros, los animales, nos defendemos de él y sucumbimos á su poder. El hombre no debiera temer á nadie si fuese verdaderamente grande y sin embargo hasta en su propio linaje, en los mismos hombres á quienes llama hermanos, encuentra enemigos y perseguidores. Es más feroz y más carnicero que el lobo, que el tigre y que el león, porque estos no se atacan entre sí ni destruyen sus guaridas ni dañan los campos. Y el hombre va contra el hombre en hordas imponentes, provisto de mortíferas armas é incendia los pueblos y tala los bosques y arrasa las tierras fértiles. No le tengais compasión: él es único autor de su sacrificio estéril y suicida.

Y dicho esto el cuervo alejóse indiferente bajo el sol impasible.

Amanecía el nuevo día después de haber cruzado aquellas tierras el vendaval inicuo de la guerra como si nada hubiese acontecido. El orden de la naturaleza no sufrió alteración.

Pero en la fauna reinaban la angustia y el dolor. Los moradores de las frondas lo mismo que los habitantes de los prados, de los labrados, de los juncuales, pequeños seres supervivientes de la catástrofe, ante el trágico espectáculo de la guerra, y dando la razón al cuervo, juzgaron al hombre. Y ya no lo reconocieron grande ni lo acataron superior porque lo hizo mezquino y malvado su estúpido anhelo de destruirlo todo. No, no podía ser el hombre rey de lo creado; no era digno de serlo.

FERNANDO HERCE



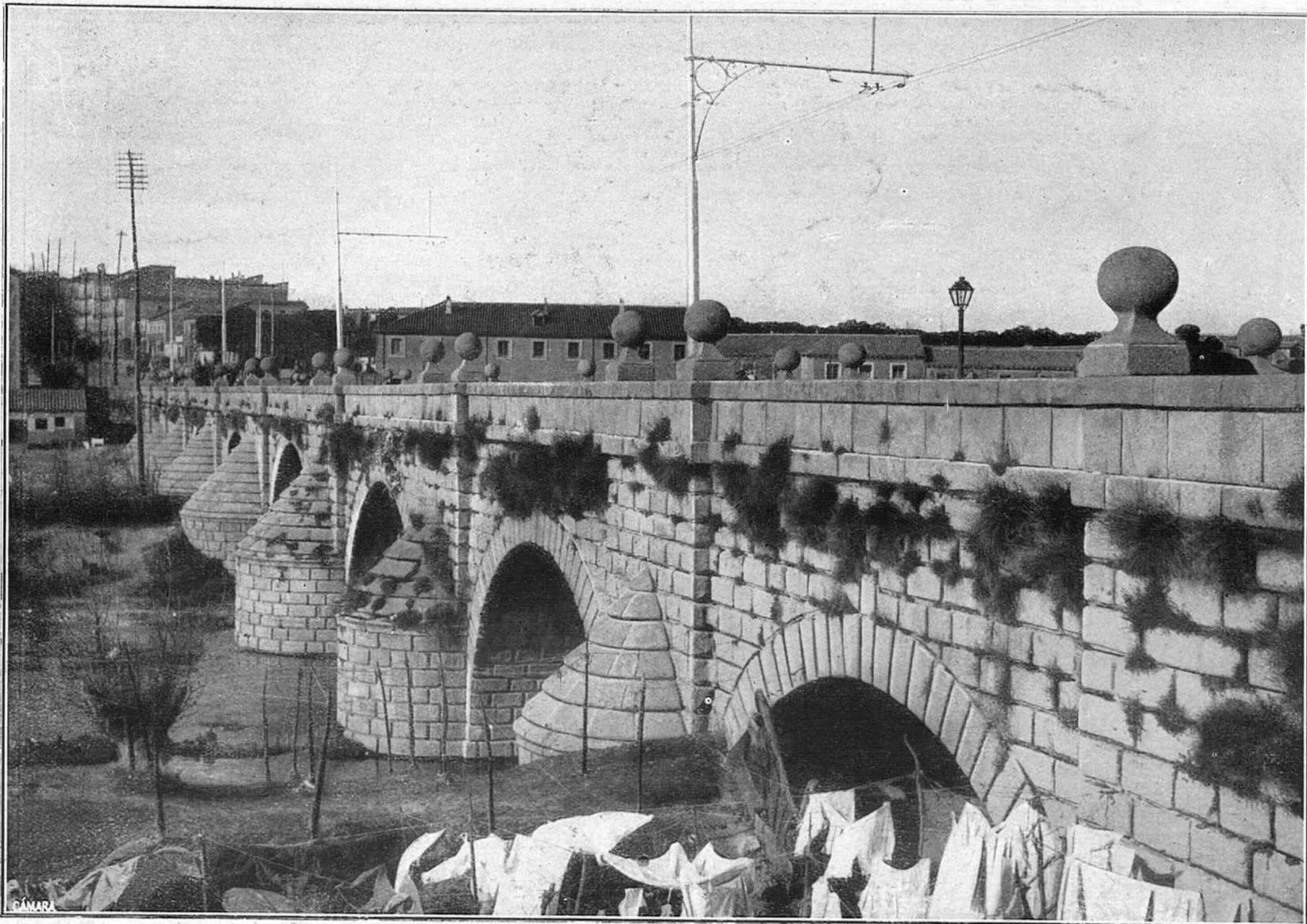
Caserío de una aldea francesa destruido por los alemanes



EXPLOSION DE UNA GRANADA EN UN HOSPITAL DE SANGRE ANGLO-FRANCES, ESTABLECIDO EN UNA GRANJA DE LA ORILLA DEL AISNE

DIBUJO DE MATANIA

BIBLIOTECA
MADRID



DEL ANTIGUO MADRID

EL PUENTE DE SEGOVIA

La puente segoviana, entrada del Madrid viejo, tiene en mí más simpatía que cuantas pesan sobre la desmedrada contestura de Manzanares, y quisiera hacer della un alto y entusiástico elogio, no ya por los siglos que cuenta sino por las cosas que ha visto.

Si hoy hubiese diablós que comprasen almas por caprichos, como parece que antaño los había, diéranles esta que me vale por armazón si permitieran el habla á aquellas descomunales bolas.

¡Valga Dios y qué de cosas me dirían!

Antójaseme que en estos días tristes del invierno en que los ímpetus de Guadarrama piden licencia para entrar en la Corte, arráncales de su corteza los ecos de las voces arrieriles que cruzaron ante ellos cuando aún Madrid no era más de un pueblo grande.

Hortelanos de Leganés, pajeros de Parla y alfareros de Alcorcón, vuestros pregones que hoy ya son muertos, repercuten en mí, reciamente, como las bellaquerías de los rufianes, los conceptismos de los poetas, los anatemas de la Santa Inquisición y el ruido de las espadas.

Todos aquellos recuerdos los llevo en mi alma como un fanatismo. Por eso cuando un ente, un advenedizo cualquiera que ni leer sabe, y por ende es incapaz de reverenciaros, os trae á cuento en una prosa oficinesca y ridícula,

enciéndome en ira y pésame de que hayais existido para veros así profanados por una pluma sin puntos.

Fuera de Pedro de Répide, que en la docta compañía de Lope de Hoyos, León Pinelo y el Ldo. Quintana, ha recorrido la Villa, ¿quién otro se atreve á tanto?... Juan de Herrera, aquel prodigioso artífice que levantara

la maravillosa fábrica de *El Escorial*, puso esta pétrea costilla al desmedrado Manzanares, el cual se duele de lo mucho que le pesa.

Ved cuán lindamente díjole su lamentación al capellán ingenio Frey Lope Félix de Vega:

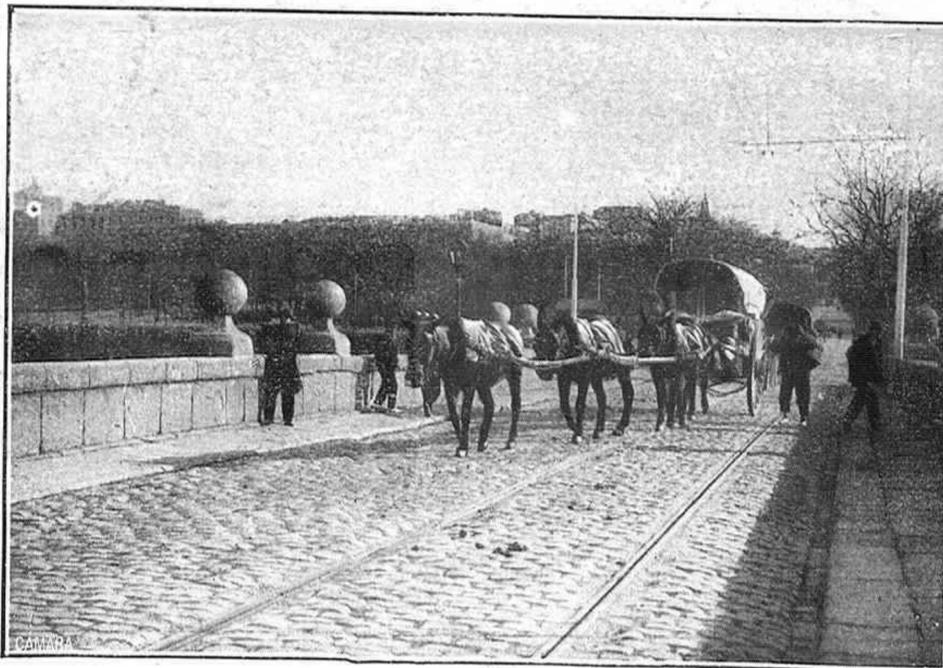
«Quítlenme aquesta puente que me mata, señores regidores de la Villa, miren que me ha quebrado una costilla que aunque me viene grande me maltrata.

«De bola en bola tanto se dilata que no la alcanza á ver mi verde orilla, mejor es que la lleven á Sevilla si cabe en el camino de la plata.

«Pereciendo de sed en el estío es falsa la causal y el argumento de que en las tempestades tenga brío.

«Pues yo con la mitad estoy contento, tráganle sus mercedes otro río que le sirva de huésped de aposento.»

Las otras puentes que nacieron después, aparte la de Toledo, no son más que satélites de ella, como esos cronistas eruditos á la violeta que *escriben* teniendo por falsilla folios de Mesonero Romanos y Fernández de los Rios.

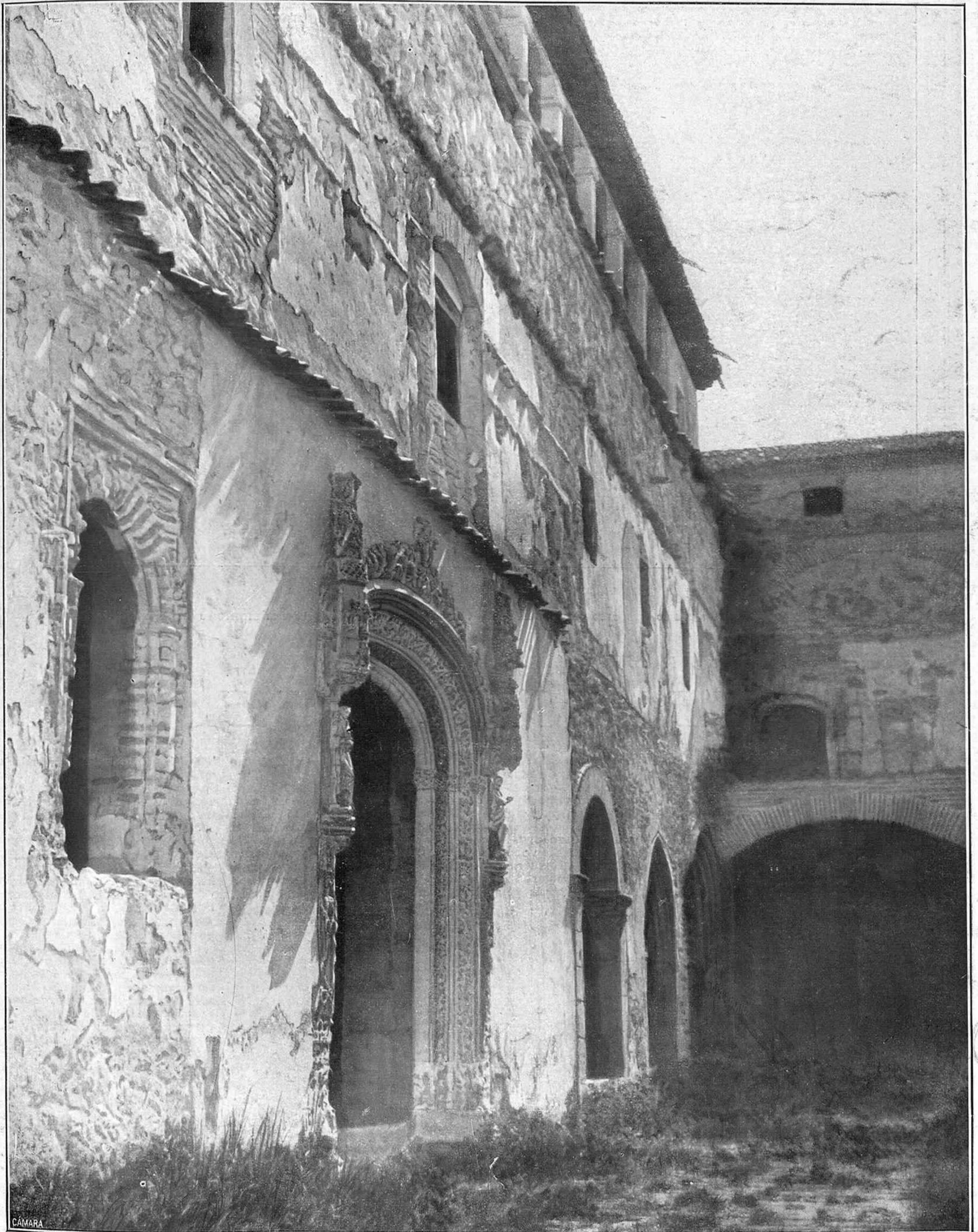


Un aspecto del Puente de Segovia

POTS. SALAZAR

DIEGO SAN JOSÉ

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



MONASTERIO DEL PARRAL, DE SEGOVIA.—ENTRADA AL PANTEÓN DE HOMBRES CÉLEBRES.

FOTS. DE JUAN A. MELIÁ

ATELIER DE
LITHOGRAPHE
MARRAS

CÁMARA



Paisaje nevado cubierto por las nubes y visto desde la cúspide de una montaña

FANTASÍAS DE INVIERNO

NIEVES Y NUBES

PRÓXIMAS las dos de la madrugada en el Palace Hotel. Suenan, adormecedores, de una voluptuosa y enfermiza languidez, los acordes de un tango argentino. Dan, lentas, vueltas las parejas y ponen sobre las negras manchas de los *smokings* brillos de joyas, claridades de carnes desnudas, y temblores frufruantes de gayas sedas las siluetas gráciles de las danzarinas. De cuando en cuando, cruza por entre las mesas, exótica, la artificial figura de una *manequin* que parece una cocota ó de una cocota que parece una *manequin*.

Un poco apartados, dos *smokings* charlan. Dentro de uno de estos *smokings* hay un escritor joven, enamorado de las artificiales delicias ciudadanas, y noctámbulo por convicción; en el otro *smoking* un muchachote recio y fuerte, que no necesita pensar cómo se gana la vida, porque no le deja tiempo el derecho á gozarla que le conquistaron sus padres.

UN SMOKING.—Espérate un rato más, hombre. Ahora va á bailar esa chilena de las axilas depiladas.

OTRO SMOKING.—No. Que mañana tengo que madrugar.

UNO (*burlón*).—¿La Sierra?

OTRO.—La Sierra. Ya lo sabes...

UNO.—Habéis puesto de moda eso de los deportes alpinos. Os cubrís la cabeza con un calcetín, las manos con otros calcetines, os forráis de trapos las pantorrillas y cogéis un palo muy largo, y ¡jea!, á hacerse la ilusión de que el Gua-

darrama es Chamonix. Para ello escandalizáis los domingos por la mañana á los traperos y á las burras de leche, atravesando las calles con unos *skis* al hombro ó arrastrando un trineo de juguete. Antes, el ridículo de los amaneceres madrileños lo sostenían sobre sus espaldas los pintorescos cazadores de conejos y perdices. Ahora, les ayudáis vosotros...

OTRO.—¿Has terminado ya de decir tonterías?

UNO.—Mientras tú no termines de hacerlas...

OTRO.—Me da pena oírte hablar así, amigo

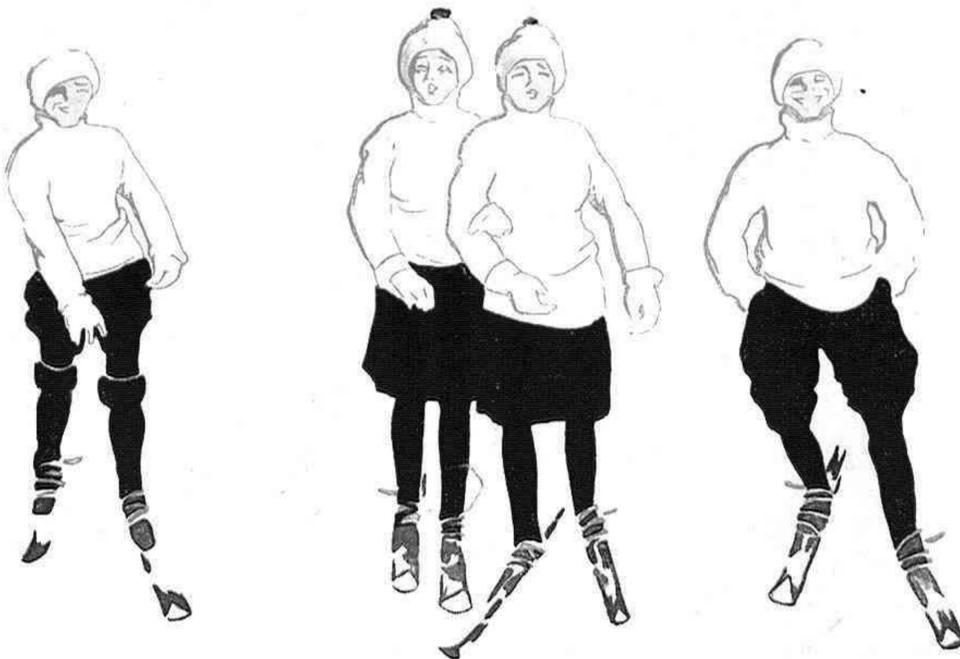
mío. Acaso lo único serio y fundamental, lo único que signifique algo para el porvenir de nuestra raza, de cuanto hacemos los que no tenemos nada que hacer, es esta nueva orientación de nuestros regocijos, este retorno á la naturaleza.

UNO.—No te ha salido mal el párrafo. Pero entre una campesina de Buitrago ó Lozoyuela y una de estas deliciosas mujercitas del Tangonia; entre pescar un catarro en uno de los claustros del Monasterio del Paular y sentirme adormecido, acariciado, por esta dulce y perfumada voluptuosidad que aquí hay, la elección no es dudosa.

OTRO.—Sería discutible, amigo mío. Pero ni te hablo de mujeres, ni hemos llegado aún á comparar emociones estéticas. Hablo sólo de salud, de energía, de comprarnos años de vida futura. Tú, envenenado de civilización y de literaturismo, eres incapaz de comprender hasta qué punto ese admirable espectáculo de nieves y de nubes nos reconcilia con nosotros mismos, y cómo nos alegra y fortifica para el bien...

UNO.—Además que no todo son nieves y nubes; hay cosas más tangibles y menos frías. Un trineo, por ejemplo, con cuatro muchachas y cuatro muchachos, alternados sabiamente...

OTRO.—Te repito que vamos por distintos caminos. Una de las ventajas de las excursiones al Guadarrama, es la de borrarlos casi por completo toda idea de sensua-





lidad..., envilecida, se entiende. Ya te he dicho que surgen en nosotros al hallarnos en las alturas de la Peñalara venerable, ó atravesando por entre los pinos que brotan, ásperos y verdes, de la blanca suavidad de la tierra nevada, ideas sanas y limpias de pecado. Todo en torno nuestro es bravo y agreste... Parece como si una distancia de siglos nos separara de esta otra vida, enferma é inquieta, de la ciudad. A la pujanza y energía que renueva el cuerpo viene la moeril inocencia, los ímpetus ingenuos que acometen al espíritu. Juegos son el trepar cumbres, deslizarse por vertientes, descansar en un austero valle ó contemplar cómo va el sol á buscar la paz encristalada de una laguna...

Uno.—¡Bravo! No sólo fortalece el músculo sino también os hace poetas...

Otro.—No me atrevería yo á afirmar tanto. Sin embargo, sé decirte que esta identificación con la Naturaleza me ha ennoblecido el pensamiento. Muchas veces, después de una jornada fatigosa y terrible, sudoroso y jadeante, caía sobre el lecho con un sueño sin ensueños, un sueño de campesino ó de obrero manual, que descansaba plenamente el cuerpo. Pero también muchas veces me apartaba de mis compañeros y en los pinares próximos al Paular ó contemplando la Peñalara, desde los robledares de la Morcuera, sentía una vaga y sutil inquietud sen-



Deportistas de la nieve en un "sledge"



Un accidente sin consecuencias

timental. También, mientras mis compañeros se complacían en sortear los peligros y fatigas de un ventisquero, yo me sentaba al borde de la Laguna de los Pájaros ó de la Peñalara, á dos mil cien metros de altura, y dejaba pasar el tiempo en una bienhechora abstracción de soledad... También he pasado muchos días en la evocadora y nostálgica paz del Monasterio, ó empleé el tiempo recorriendo los pueblos serranos en que todo conserva la sana tosquedad de una «villanesca» ó un «decir» amoroso del recio Marqués de Santillana...

(Pausa). El *smoking* que encierra á un escritor calla. El otro *smoking* se ha levantado.

Otro.—Son las dos y media. A las siete he de tomar el tren. Me has robado lo menos tres horas de sueño.

Uno (*melancólico á pesar suyo*).—¿Y estás tú seguro de no haberme robado tú otras tantas? Tal vez tengas razón.

Otro.—¿A pesar de las *manequins*?

Uno.—Mira. Déjame en paz. Como otra veces abusas de tu superioridad física, ahora quieres abusar de un momento de flaqueza intelectual. Y eso no está bien. Buenas noches. Tú, vuelve á la Naturaleza; yo, me conformo con el artificio.

DIBUJOS DE GALVÁN

JOSÉ FRANCÉS



Galván

IMPRESIONES DE LA CAMPAÑA
SERVICIOS AUXILIARES



Distribución del correo en una estación alemana

TRIPAS llevan pies, dijo el gran Federico, y sus rivales los franceses dicen con gráfico acierto: «*Pas de viande, pas de soldats*».

Estos servicios auxiliares de avituallar á los combatientes, sobre ser el problema más difícil de una campaña, constituyen su más importante alimento. Habría de tener un caudillo á su disposición el ejército más aguerrido y el más perfeccionado material; y sus esfuerzos serían inútiles y sus planes no conducirían á la victoria si á cada uno de sus soldados no se le pudiera dar los 400 gramos de carne de que tiene diaria precisión; si no recibiese el pan de cada día, si no le facilitasen su alimentación.

Los efectivos de los ejércitos en lucha son enormes, y únicamente los modernos medios de comunicación llevados á la perfección suma, pueden bastarse para complementar tan indispensable como compleja acción.

A más de dejar los ejércitos á sus espaldas almacenes inmensos que son centro del abanico radial del abastecimiento de las unidades tácticas, cuidan de alimentar la moral de sus tropas, haciendo llegar á ellas, por las benéficas ramificaciones del correo, las noticias de los suyos, el aliento de abnegación por su labor de sacrificio; el impulso al heroísmo, el aplauso,

la emulación. Allá en los poblados vecinos á la línea de fuego, ó en los rincones del campamento, la Intendencia ha establecido sus hornos de campaña, en los que día y noche se trabaja en la preparación del pan del soldado, mientras que también á retaguardia de las trincheras las mo-

dernas cocinas de campaña preparan el rancho que ha de reponer fuerzas en los combatientes.

Las cocinas de campaña fueron rudamente combatidas por los críticos militares franceses. «A medida que pasa el tiempo, aumentamos más la impedimenta de nuestro ejército, decía en *Le*

Temps el general Langlois; un regimiento en campaña utiliza 13 furgones de bagajes, tres carros sanitarios, 14 carros de víveres y bagajes, dos carruajes ligeros de útiles y herramientas, una fragua, 12 carruajes de municiones y 13 cocinas de campaña. En total, 58 vehículos y 113 caballos por regimiento; 464 carros y 904 caballos para la infantería de un cuerpo de ejército; 1.342 carruajes y 2.712 caballos para la infantería de un ejército.

«¡Es tremendo!, agregaba el prestigioso escritor militar. El Ejército de Darío no tenía más impedimenta que el nuestro. El Ejército prusiano, después de Jena, ¿no sufrió la triste experiencia del peligro de arrastrar un número demasiado grande de vehículos tras de sí?» En las maniobras de Picardía las cocinas de campaña no dieron el resultado apetecido. Retenidas con los trenes regimentales lejos del combate, y por consiguiente lejos de los hombres que debían alimentar, quedaban invisibles durante el día. Por la



Los panaderos en campaña

tarde aparecían en el acantonamiento una ó dos horas después de llegar á él las fuerzas, cuando ya los hipotéticos combatientes habían condimentado su rancho, lo habían tomado y des-cansaban. Las *roulantes*, como los soldados llamaban en su pintoresco *argot* á las nuevas cocinas de campaña, parecían llamadas á desaparecer; pero antes de la gigantesca lucha que hoy asola al Centro y Norte de Europa, nuevos ensayos de más perfeccionados sistemas, resolvieron el problema de la alimentación sobre el campo del combate.

Exigen estos mecanismos dos hombres por compañía: uno conductor y otro cocinero. En total 26 hombres por regimiento, absolutamente distraídos del servicio de armas.

En la hipótesis de 6.000 compañías de combatientes, distrae un ejército para este servicio auxiliar de 12.000 hombres.

Alemania, tras múltiples ensayos y profusión de estudios, adoptó un modelo de cocina del que dotó á cada compañía, escuadrón ó batería.

El año 1915 completó el ejército germano la dotación reglamentaria mencionada. La cocina de campaña, modelo alemán, está constituida por un carruaje ligero tirado por dos jacas. El cuerpo principal del vehículo consiste en un hogar con dos calderas, una para el café y otra para el rancho, funcionando las dos en marcha.

Va el carruaje provisto de un avantrén para transportar los utensilios de cocina.

Una vez llegada la columna al campamento ó cantón, se suministran los ranchos en el acto, calientes y bien condimentados, y luego, los carros-cocinas se dirigen al parque ó almacén que les ha de servir de alojamiento eventual y allí se repueñan de nuevos víveres para la si-

wurtembergués. Rusia alimenta á sus soldados en campaña con carnes frescas procedentes de rebaños que la Intendencia militar de cada distrito organiza, á partir de la orden de movilización.

Forman cada rebaño de 250 á 300 cabezas de ganado vacuno, ó en mayor proporción si el ganado es lanar ó de cerda.

Cada Cuerpo de ejército lleva tras sí un *rebaño de campaña*, y cada plaza fuerte guarda intacto su *rebaño de fortaleza*.

Claro es que á más de estos se organizan por las Intendencias regionales *rebaños de reserva*. Cada rebaño es vigilado y conducido por 34 hombres no combatientes, al mando de un oficial.

El efectivo de los rebaños de campaña se mantiene al día por requisición local ó nutriendose de los rebaños de reserva, los que, por lo menos, cuentan con dos días de carne para todo el ejército.

La buena alimentación de los soldados es, en muchos casos, motivo del éxito; éxito, casi siempre, pudiéramos decir y probado lo tienen los mismos soldados británicos sabiendo que un valor bien nutrido, es más poderoso, más activo y sentimos que cuando sólo pueda ofrecer un heroísmo desmayado á la fiereza de la acometividad enemiga la inacción es el reflejo de la inercia estomacal.

CAPITÁN FONTIBRE



Los hornos para cocer el pan

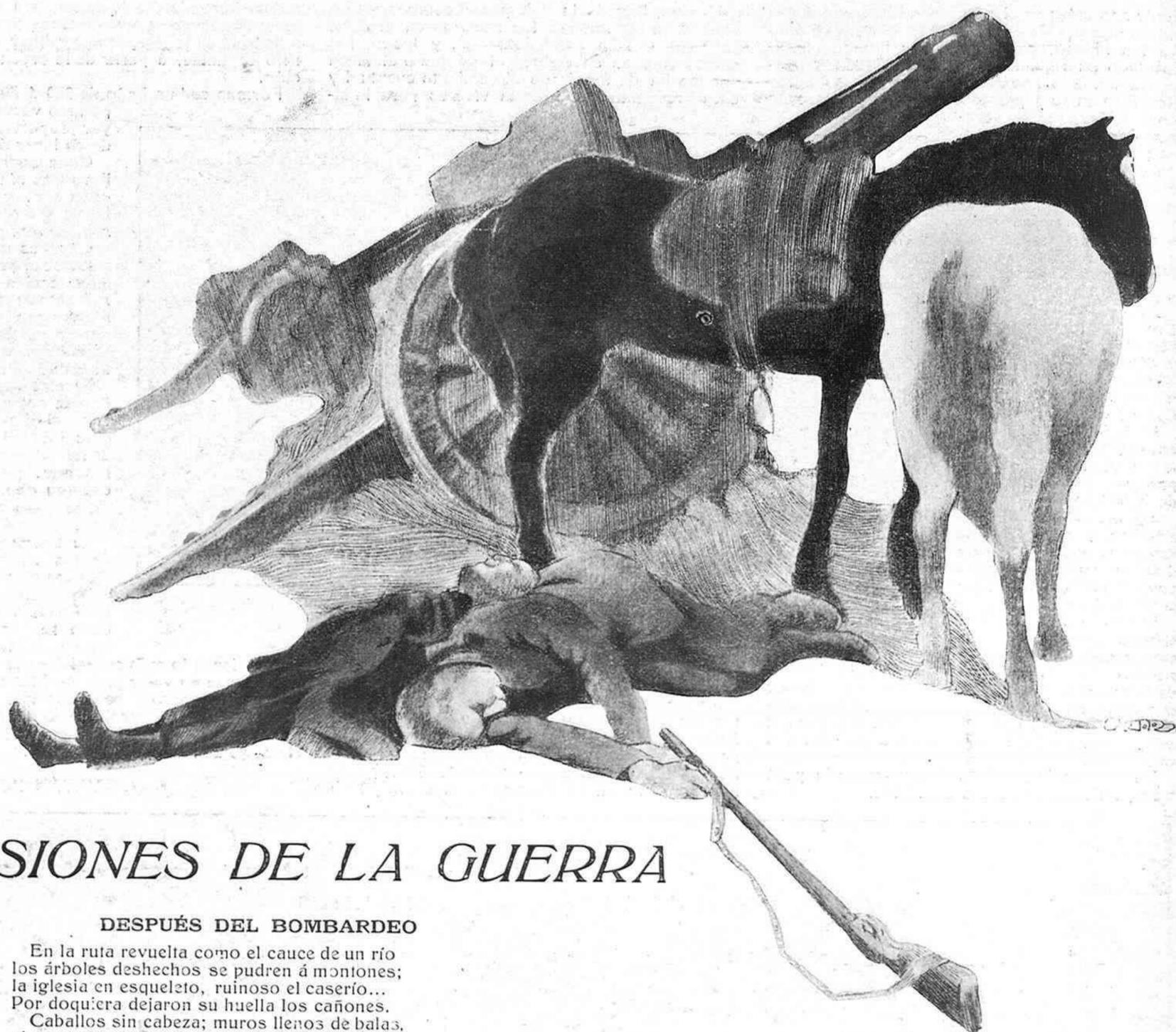
guiente jornada, mientras la tropa come su rancho.

Para estos servicios auxiliares cuenta Alemania con seis *proviant kolonnen* y siete *Fuhrpark kolonnen*, dos columnas de panadería de campaña, 25 batallones del cuerpo del tren, un batallón de automovilistas, tres compañías prusianas, una bávara, un destacamento sajón y otro

para quienes lo más esencial es la nutrición sabiendo que un valor bien nutrido, es más poderoso, más activo y sentimos que cuando sólo pueda ofrecer un heroísmo desmayado á la fiereza de la acometividad enemiga la inacción es el reflejo de la inercia estomacal.



Una cocina de campaña del Ejército alemán



VISIONES DE LA GUERRA

DESPUÉS DEL BOMBARDEO

En la ruta revuelta como el cauce de un río
los árboles deshechos se pudren á montones;
la iglesia en esqueleto, ruinoso el caserío...
Por doquiera dejaron su huella los cañones.

Caballos sin cabeza; muros llenos de balas,
sin puertas ni ventanas, con la techumbre sólo;
aeroplanos, en cada una de cuyas alas
los plomos imprimieron su mortífero alveolo.

Un gato por el lírico silencio de la aldea
—fosferescencia irónica—tranquilo se pasea
y entre la hierba roja por la sangre aún caliente
—democrática mezcla de bruto y combatiente—
unos soldados muertos con los ojos abiertos.
¡Qué tristes son los ojos abiertos de los muertos!

DESOLACIÓN

(Á RAIZ DEL SAQUEO)

Edificios envueltos en negras humaredas
y muertos en posturas dolientes ó tranquilas;
aquí un caballo rígido, allí un cañón sin ruedas
y entre piedras y broza, fusiles y mochilas.

El hedor que los muertos sin enterrar emite:
olor á incendio, á pólvora, á sangre, á grasa, á cieno.
En una esquina un viejo que sin cesar repite
como un loco:—«Han echado en los pozos veneno».

Al través de los campos devastados se aleja
la turba consternada de gente fugitiva
que ni habla, ni grita, ni llora ni se queja...
Decrépita la iglesia entre escombros se esboza
y en sus torres de encaje la luna pensativa,
como el alma elegiaca de las ruinas, solloza.

PARÍS EN LA GUERRA

Emporio voluptuoso de fiestas y placeres,
de artísticos torneos, de decadentes vicios;
para la carne, ardores de exquisitas mujeres
y para el pensamiento, complejos artificios.

La germánica ira tu esplendor amenaza
y en tu cara de pronto la risa se congela;
en el aire sereno siniestros giros traza
el pérfido aeroplano que en torno tuyo vuela.

La orgía—ola de lujo, de músicas y besos—
el pavor paraliza en medio de la noche.
¡Adiós, horas febriles de lúbricos excesos!

Huyen de tí empujados por militares leyes,
millonarios y pobres, en tren, á pie ó en coche,
y hoy pacen en tu bosque de Bolonia los bueyes...

EL HÉROE

—Si no vas á la guerra te fusilo,
te fusilo si huyes ó desertas—
y con el alma el misero en un hilo
entra confuso en trágicas reyertas.

A puntapiés y voces va adelante
bajo una lluvia horrible de metralla,
el ojo abierto, lívido el semblante,
envuelto en el fragor de la batalla.

Corre aturdido sin saber á dónde,
dando tajos en medio de la grito:
uno cae, otro huye, otro se esconde...
y de pronto aclamado, ve consigo
una bandera que su mano agita
y que tomó al azar al enemigo...

EL ASEDIO

Sus enormes proyectiles los germánicos morteros
—tempestad de fuego y plomo—calculadamente lanzan,
y entre llamas y derrumbes y quejidos lastimeros
impertérritas las tropas, vomitando hierro, avanzan.

Por las calles, cual torrente de la cumbre, se derraman
en tropel, niños y viejos, dando voces de honda angustia;
unos lloran y á sus madres sollozantes otros llaman,
espasmódicos los ojos y la faz verdosa y mustia.

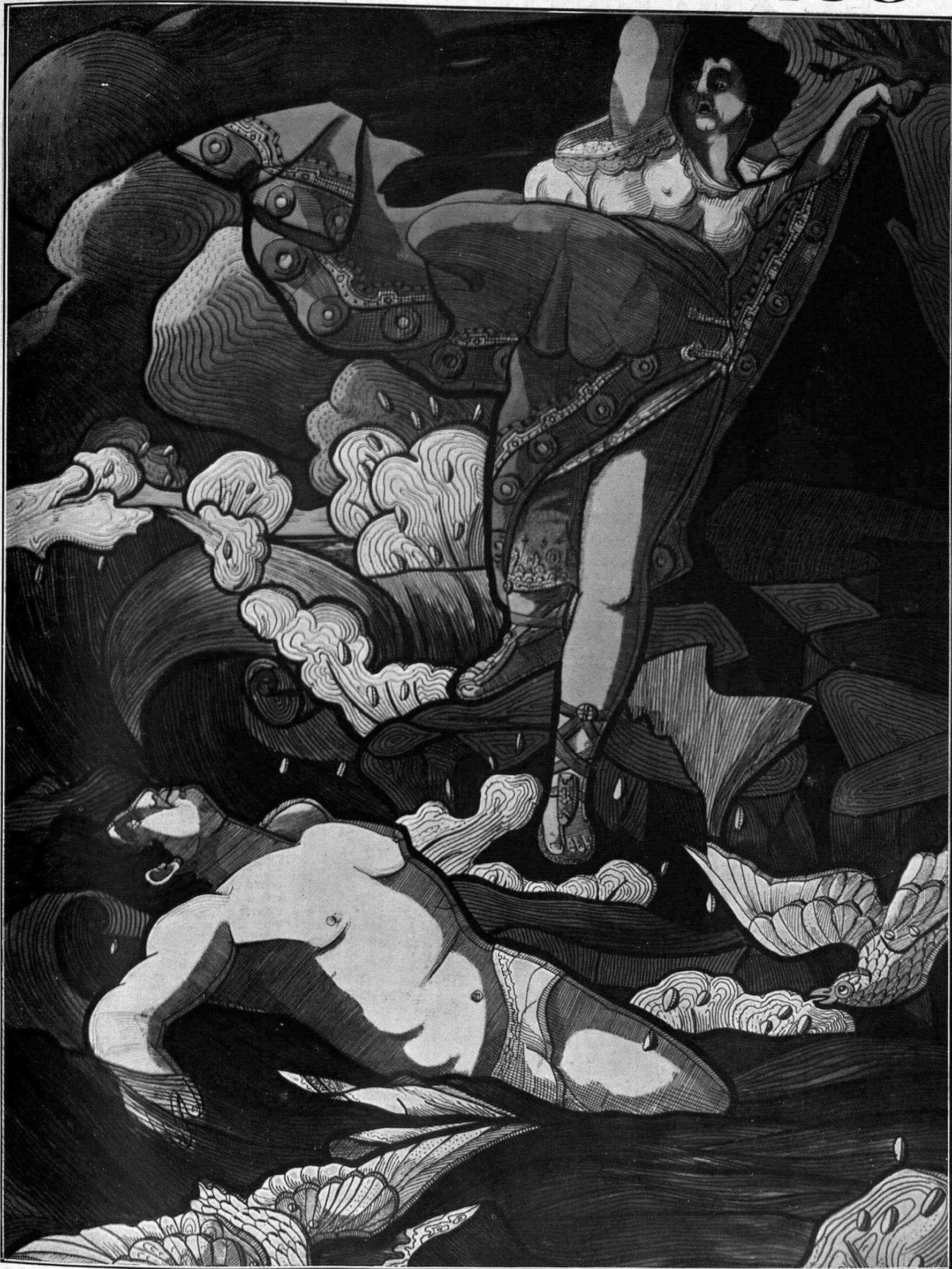
Al retumbo del cañón el aire tiembla crispativo;
todo es ruido, confusión, desastre, lágrimas y ruina.
Es milagro el que al través de tanto estrago queda vivo.
En un cielo azul rutilan las estrellas misteriosas
—es la hora del ensueño, de la calma vespertina...—
¡Qué ridículas parecen—y son tristes—nuestras cosas!

EMILIO BOBADILLA
(Fray Candil)

Bayona, 1915.

DIBUJO DE BARTOLOZZI

LA ESFERA
ARTE HUMORÍSTICO



HERO Y LEANDRO

Dibujo del notable caricaturista Juan Alcalá del Olmo



EL AÑO SANTO DEL APÓSTOL



Detalles de las fachadas de la Catedral de Santiago

Los peregrinos á Santiago de Compostela

Es este de 1915 año santo del patrón de las Españas, por caer en domingo el día del Apóstol.

Concede la Iglesia desde remotos tiempos singulares indulgencias á los que acuden á visitar el sepulcro de Santiago y á elevar sus preces al Cielo, bajo las bóvedas de la Catedral. Parécenos interesante, por esta circunstancia, consagrar un recuerdo al mártir y á las famosas peregrinaciones que durante siglos llevaron á Compostela devotos de la fe católica, en tan crecido número desde los primeros momentos, que apenas descubierta la tumba del Apóstol, al pie del monte Libredón, por el año 812, hizose preciso edificar una ciudad cercana al santuario que sobre el sepulcro, y para la mejor veneración y custodia de las sagradas cenizas, mandó construir el rey Alfonso II.

Cuenta la tradición que ejerciendo Teodomiro el obispado de Iria Flavia, un eremita de San Fiz díjole haber visto en las penumbras del anochecer extraños resplandores en torno de la montaña próxima. Con gran séquito de familiares y curiosos fué allá el prelado, siguiendo el rumbo que le marcaba una estrella, y en una cueva que se abría en la estribación del monte encontró el sepulcro de mármol que guardaba los restos del Apóstol.

Del latín *Campus Stellæ* procede el nombre de Compostela que en recuerdo de este suceso se dió á la ciudad formada más tarde.

ooo

El hijo de Zebedeo y de Salomé, era un humilde pescador de Bethsaida, ciudad de Galilea, cuando Jesús lo llamó al apostolado, como á su hermano Juan que ejercía el mismo oficio.

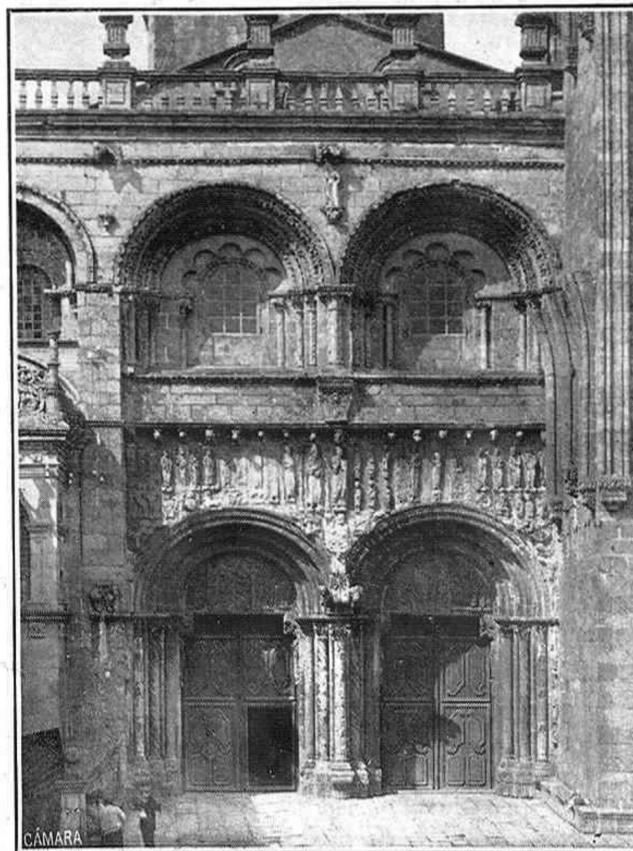
Dejando su casa siguieron al Salvador, á Cafarnaun, siendo testigos, entre otros hechos milagrosos, de la resurrección de la hija de Jairo y de la transfiguración del Señor en el

monte Tabor. Con el Maestro continuaron la obra de predicación cristiana, con El sufrieron persecuciones y amarguras sin desmayar un punto en su tarea redentora, y cuando llegaron los días tristes de la Pasión de Jesús, ellos le acompañaron al Huerto de los Olivos.

Después de la muerte del Salvador retiráronse los dos hermanos á Galilea y volvieron á Jerusalén, donde recibieron al Espíritu Santo con los demás Apóstoles. Santiago marchó después á predicar el Evangelio á los judíos dispersos, haciéndoles recibir la religión de Jesucristo en Judea, por lo que incurriendo en el enojo de Herodes Agripa fué condenado á muerte y degollado, siendo el primer mártir entre los Apóstoles. La tradición consigna que Santiago estuvo en España en el año 36 de nuestra Era, esto es, ocho antes de su muerte, y que á él se debe la fundación de la Iglesia católica en nuestra patria.

Afirman algunos autores que salió del puerto de Joppe, desembarcando en Cartagena, una de las más importantes colonias que el imperio romano tenía entonces en España; allí dió principio á su predicación, pasando después á Granada, donde por haber convertido á gran número de infieles, fué objeto de la más obstinada persecución, siendo condenado á muerte con todos los discípulos que le seguían. Milagrosamente salvado de este peligro, continuó predicando por toda la Bética, la Carpetania y la Lusitania, yendo por último á Galicia, donde se detuvo más tiempo que en ninguna otra parte de España, residiendo principalmente en Iria Flavia, hoy Padrón.

Continuó difundiendo el Cristianismo por toda la península Ibérica, y desde Zaragoza, donde es fama que por habersele aparecido la Santísima Virgen del Pilar, encontrándose en oración á la orilla del Ebro, hizo construir un oratorio para su culto, partió para Jerusalén con siete de sus discípulos, quienes después del glorioso martirio del Apóstol, vinieron á



Fachada Sur ó de Platerías

España trayendo consigo el cuerpo del Santo y dirigiéndose a Iria Flavia, lugar que ellos sabían que era de la predilección del maestro, depositáronle en un sepulcro, al abrigo del monte Libredón.

Mientras dominaron en España el paganismo de los primeros siglos de nuestra Era y los sectarios de Mahoma, mantúvose oculto el cuerpo del Apóstol, hasta que en tiempos del Rey Alfonso el Casto, fué descubierto por el obispo Teodomiro, en la forma antes referida.

ooo

Las humildes condiciones del templo erigido sobre aquella urna funeraria en que los discípulos del Apóstol habían depositado sus sagradas cenizas, no fueron obstáculo á la devoción y á la fe de los cristianos de todo el mundo, que pronto habían de permitir que el pobre santuario se trocara en severa Basílica, y más tarde en suntuosa Catedral, tan digna de admiración por su espléndida arquitectura, como por los tesoros de arte acumulados en su recinto.

Apenas difundida por el orbe católico la noticia del descubrimiento del sagrado cuerpo, comenzaron los fieles á acudir á la iglesia compostelana y esta corriente de la fe, en aumento de día en día, determinó el engrandecimiento de la ciudad nacida al pie de un sepulcro, llevando también á su recinto, con las ideas, las pasiones y los conocimientos de Europa, el progreso moral, consecuencia lógica de aquel imponente movimiento que durante ochocientos años mantuviera la devoción.

Reyes y príncipes, obispos y guerreros, trovadores y artistas, dirigiéronse á Compostela desde los más apartados retiros, y desde las más lejanas ciudades, alentados por la esperanza de los grandes perdones

que de la peregrinación esperaban. A ellos debe Santiago su creciente prosperidad, su rápida fama y su positiva riqueza, así como el alto nivel que alcanzó en la ciencia, en la poesía y en las manifestaciones todas del arte.

ooo

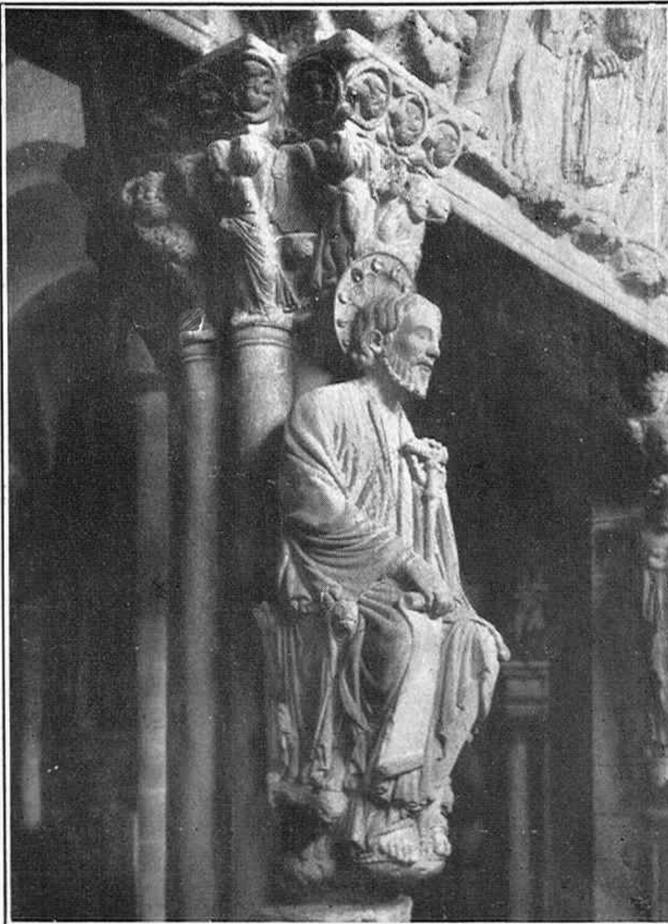
Desde que el peregrino tomaba en la iglesia del pueblo de donde partía el bordón simbólico, hasta el feliz momento en que divisaba las torres de la Santa Ciudad, únicamente la esperanza de obtener un total perdón para sus culpas, orando ante el sepulcro del Apóstol, podía compensarle de las penalidades sufridas.

No cesaban, no obstante, sus trabajos al llegar á las puertas del templo, si no era rico y había de buscar albergue para los días que permaneciera en la ciudad, pues hasta el año 1501 en que los Reyes Católicos fundaron el Hospital Real, para este objeto, no abundaban las humildes hospederías en proporción de los que de ellas necesitaban.

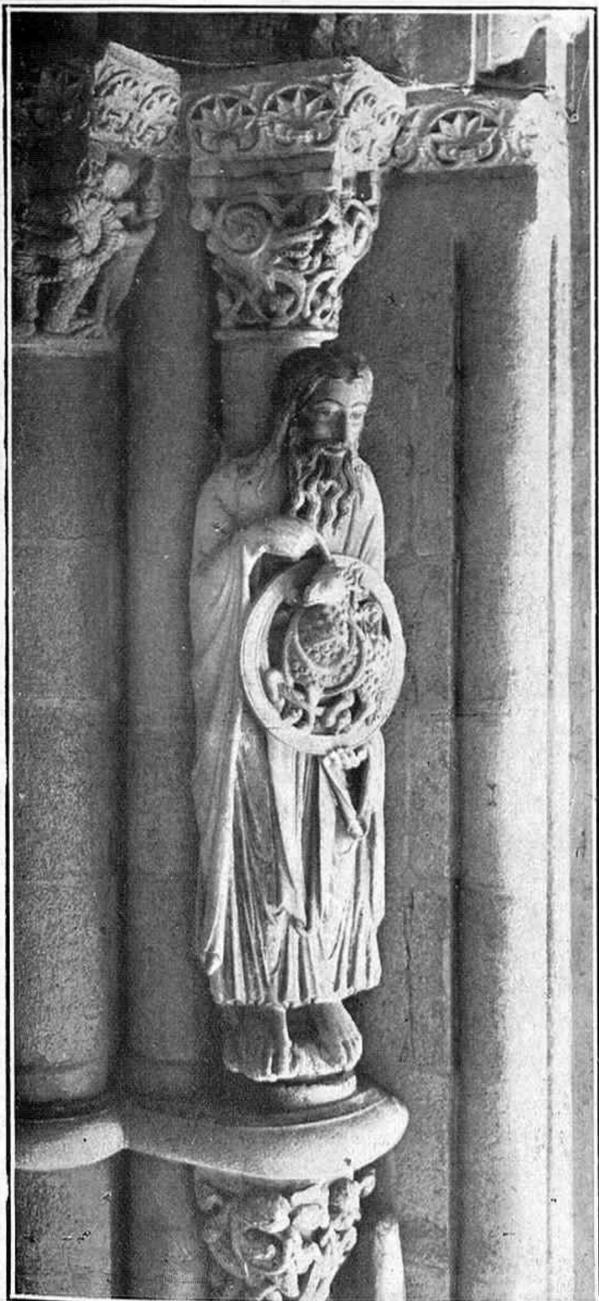
Pero aun eran mayores las fatigas para aquellos que llegaban en busca de perdón para grandes delitos ó pecados, pues éstos habían de someterse á una prueba de purificación antes de penetrar en el templo.

En una gran fuente que se encontraba en una torre inmediata á la iglesia habían de lavarse los pecadores; luego descalzos y puestos de rodillas habían de permanecer hasta que el legado con el coro de sacerdotes y seminaristas, precedidos de una cruz negra, salía del sagrado y les daba la absolución, tocándoles después con la estola ó el cíngulo.

Cumplida esta ceremonia, los peregrinos, con los pies desnudos, podían penetrar en la iglesia, orar ante los altares y aun posar sus labios sobre la columna de pórfido que tan



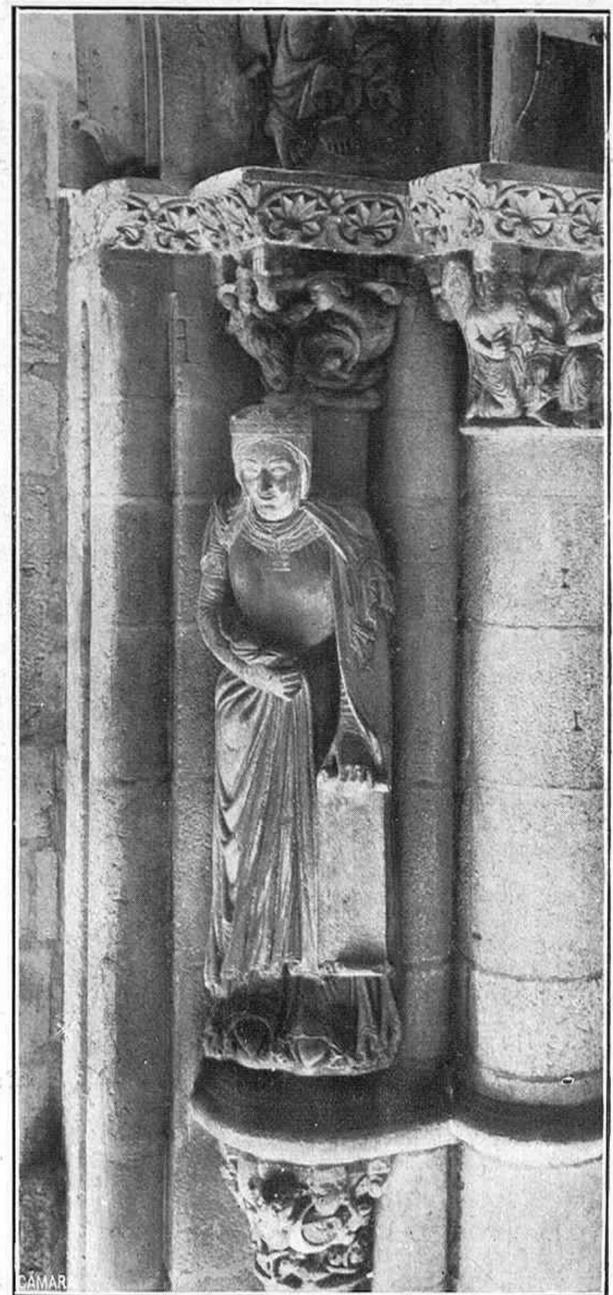
La imagen de Santiago en el pórtico de la Gloria



Estatua de San Juan Bautista



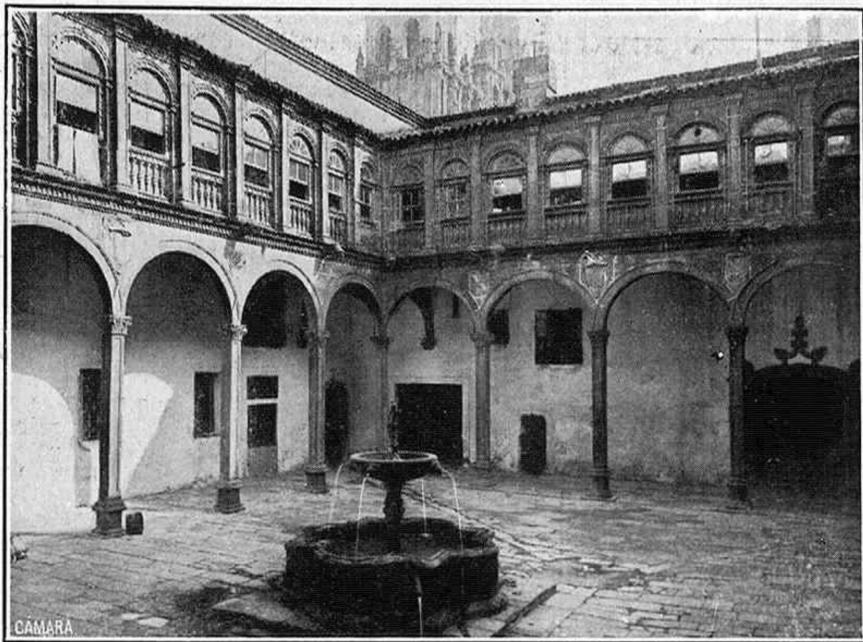
La imagen de Santiago con la reliquia del diente



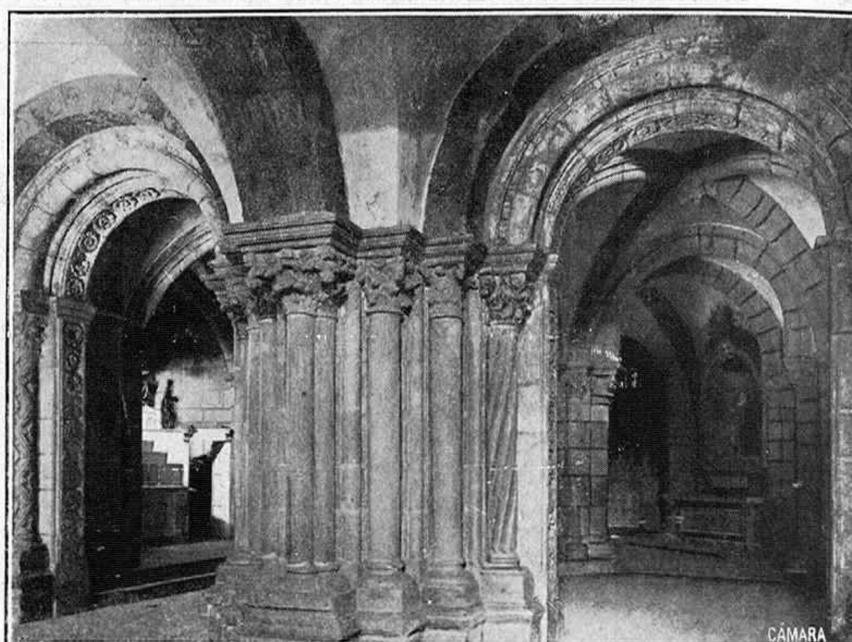
Estatua del pórtico de la Gloria

FOTS. LACOSTE

BIBLIOTECA
MARIANA



Patío del Hospital Real, edificado por los Reyes Católicos para albergar a los peregrinos



Vista general de la cripta de la Catedral, donde estuvo el sepulcro del Apóstol

FOTS. LACOSTE

profunda huella conserva de esta manifestación de la fe. Los que no estaban obligados á cumplir estos requisitos, entraban por el Pórtico de la Gloria y rezada su primera oración, puesta la mano sobre la citada columna, pasaban á visitar las estaciones, en cada una de las cuales era costumbre depositar una ofrenda. Por su valor y por su número constituyeron éstas en plazo breve un gran tesoro, que aumentado considerablemente de día en día, no tardó en determinar las graves querellas que por su posesión sostuvo la ciudad con los preladados, y que en más de una ocasión llegó á tentar la codicia de la corona.

Al salir de la iglesia apostólica solían acoger al peregrino los cánticos con que ciegos y juglares daban á conocer la vida del Apóstol y la historia del santuario, amén de otras leyendas y tradiciones.

Estos romances en que la sencilla inspiración popular expresaba sus sentimientos, constituían con las farsas y autos sacramentales que se representaban bajo las bóvedas de la iglesia, las solemnes procesiones y las danzas sagradas, los más pintorescos atractivos y las más típicas costumbres que en aquella época podían ofrecerse á la admiración de los devotos.

Con los peregrinos pobres que arrojando las mayores penalidades y fatigas habían logrado llegar á la Tierra Santa, mezclábanse en los festejos religiosos de la Basílica y en los regocijos públicos las altas personalidades, los poderosos de todo el mundo que llegaban rodeados de toda clase de esplendores. Pero guiados todos ellos

por el mismo afán, por la misma devoción y por la propia esperanza de obtener la indulgencia para sus culpas, había de unirlos dentro y fuera del templo, la común aspiración y la propia fe.

Dicen algunos autores que en muy pocos años acudieron á Compostela más de 7.000 peregrinos ingleses, y según consta en una relación escrita

por el obispo Guzmán, un solo sacerdote efectuó, el día de la fiesta del Apóstol, más de trescientas confesiones generales.

Estos ligeros datos permiten formar una idea de la importancia que tuvieron en los pasados siglos las peregrinaciones á Santiago. Aplacado el fervor religioso de aquellas épocas, por virtud de diversas causas, que no es esta la ocasión de exponer, y cambiada por efecto de la lógica evolución de las costumbres la forma de expresión del sentimiento religioso, las peregrinaciones á los sagrados lugares fueron perdiendo en importancia y siendo cada vez menos frecuentes. Santiago sufrió las consecuencias de esta transformación, y aun cuando no dejó de ser visitado por los devotos, el templo que guarda las cenizas del mártir, no se vieron tan frecuentemente en la ciudad esas grandes agrupaciones de peregrinos que tan pintoresco carácter le daban en remotas edades.

Desde hace poco más de dos siglos las peregrinaciones únicamente animan la ciudad en épocas determinadas, siendo el día del Apóstol el único del año en que Compostela recobra la animación extraordinaria de sus mejores tiempos.



La puerta santa de la Catedral de Santiago, que no se abre más que una vez al año: el día del Apóstol

SANTIAGO MAYOR

DE ANTAÑO Y DE HOGAÑO

LA INVASIÓN DE INGLATERRA

El reciente bombardeo de las ciudades inglesas Scarborough, Hartlepool y Whitby por varias unidades de la escuadra alemana, ha vuelto a poner sobre el tapete una cuestión que ya apasionó los ánimos al comienzo de la lucha que asuela el territorio europeo. Entonces, como ahora, más de un amigo «bien informado» nos ha dicho con aire de profunda suficiencia:

—Desengáñate: esto dura hasta que quiera Alemania: porque con desembarcar un cuerpo de ejército en Inglaterra, se terminó todo.

¡La invasión de las Islas Británicas! El ideal de los más audaces estrategas, tantas veces perseguido, resurge ahora, sin recordar que el esfuerzo de tres colosos fracasó al intentarlo. Julio César, Felipe II, Napoleón el Grande... ¿Significan algo estos nombres en la historia de las empresas bélicas? Y no obstante, sus propósitos se estrellaron contra las costas de Albión.

Recien investido César de la dignidad de Procónsul, marchó a domeñar las Galias, que resistían tenazmente al yugo del pueblo-rey. Vencidos los galos tras enconadas luchas, aún no acababa de resignarse a la derrota el país rebelde. Continuas insurrecciones neutralizaban los esfuerzos del Procónsul, haciéndole temer que la guerra fuese inacabable. Hasta que, viendo en la isla de Bretaña el foco de los movimientos sediciosos, determinó cortar el mal de raíz, apoderándose del «país de las verdes colinas», también llamado *Bryt* ó *Prydain*, de donde el nombre de Bretaña provino.

Hallábase César a la sazón en el apogeo de su genio. Era para él empresa capitalísima aquella en que se arriesgaba. Uno de sus lugartenientes predilectos, Cayo Voluseno, hizo una exploración detenida de las costas, seguida de un desembarco por la parte oriental, que no pudo ser más desastroso. Las tormentas batieron las naves contra las rocas y los cimbros persiguieron hasta el mar a las legiones desembarcadas. César reconoce en sus *Comentarios* que tuvo que retirarse con cierta premura: más explícitos, sus contemporáneos afirman que la tal retirada fue una fuga en toda regla, y una canción bretona dice que los cesarinos que intentaron conquistar la isla de Prydain, desaparecieron como la nieve cuando sopla el viento del Mediodía.

Hay que dar un salto de siglos para pasar, desde César a Felipe II, entre cuyos planes guerreros figuró también la conquista de Inglaterra. Convencido de que la insurrección de los Países Bajos estaba en gran parte sostenida por las maquinaciones de la reina Isabel, protectora de la causa protestante, quiso castigarla, con tanto mayor encono, cuanto que Felipe el Austero había sido, durante su matrimonio con María Tudor, grande amigo de aquella soberana, entonces niña. El Pontífice Sixto V animó al monarca español en sus planes, haciéndole cesión espiritual de Inglaterra, como patrimonio de hereges, y donándole un millón de coronas para su conquista.

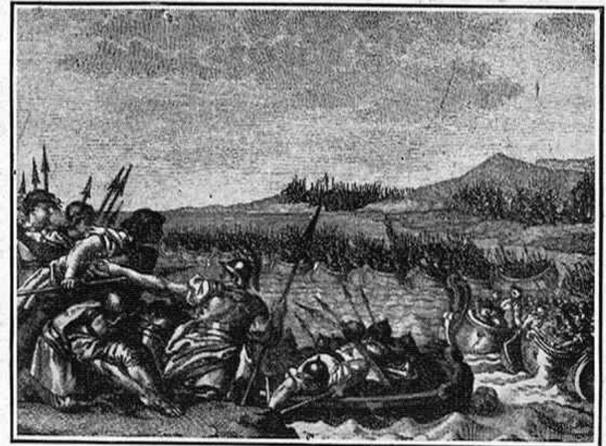
Comenzaron sigilosamente los aprestos de la escuadra más formidable que hasta entonces vieron los siglos.

Ciento cincuenta naves de alto bordo componíanla, con dos mil seiscientos cincuenta cañones de grueso calibre y más de treinta mil soldados, amén de otros treinta mil infantes y cuatro mil caballos que el Duque de Alba alistaba en Flandes para engrosar las huestes conducidas por la escuadra y desembarcarlos también en territorio inglés oportunamen-

te. La Armada formidable tenía por Almirante general al Duque de Medina Sidonia; Lope de Vega Carpio figuraba en la expedición como cronista poético de las hazañas que presenciase y Fray Martín de Alarcón, vicario general del Santo Oficio, al frente de un centenar de frailes, era portador de las bulas pontificias que relevaban a los ingleses de sus juramentos de fidelidad a la reina impía. Todo, en lo humano, estaba previsto. Y, sin embargo...

¿Para qué recordar el desastroso fin de la *Invencible*? Hostilizada por la flota inglesa, cuyos navíos, más ligeros, maniobraban con mayor facilidad, apenas llegada a la vista de Dunkerque, una tempestad echó a pique las mejores naves y desmanteló el resto...

Y llegamos a los tiempos de Napoleón Bonaparte. ¿Cómo era posible que el gran ambicioso no tratara de incorporar la pérfida Albión a su cohorte de dominios? Dueño de la Europa continental, parecía que sus ansias de dominación debieran acallarse al ver que las fronteras de Francia se extendían hasta el Rhin, habiéndose agregado el territorio belga y gran parte de Italia, mientras España seguía servilmente sus insinuaciones y Portugal se humillaba ante el coloso. Únicamente Inglaterra sostenía con tesón



Las huestes de César aprestándose a la conquista de Inglaterra
(De un antiguo grabado en acero)

sa, exagerando lo que ya de por sí era sobradamente considerable, ideó los más fantásticos procedimientos para realizar los planes del Corso.

Se habló, como cosa segura, de una flota aérea, encargada de bombardear a Londres mientras el ejército de desembarco aprestábase a la descomunal batalla en que el poderío inglés quedase maltrecho; y para que nada quedase olvidado, se ideó un sencillísimo túnel por debajo del Paso de Calais, por donde tranquilamente desfilasen los convoyes de aprovisionamiento...

Pero el tiempo pasaba, y el ejército de Boulogne permanecía inactivo.

Durante meses y meses, se tuvo todo preparado para cuando una espesa niebla, ó un viento favorable, ó la aparición de una escuadra amiga, permitiese el desembarco a despecho de los buques ingleses, infatigables guardadores de sus costas.

Sucedieron varios acontecimientos sensacionales: las conspiraciones de Cadoudal y Moreau, el infame fusilamiento del Duque de Enghien. Bonaparte se hizo coronar Emperador, trayendo a Pío VII, valetudinario, para ornato de la ceremonia, cuya ostentación tartarinesca dió margen a que los periódicos ingleses comparasen irónicamente a Napoleón con el negro haitiano Dessalines, que también, por entonces, se hizo coronar Emperador de Santo Domingo.

Las potencias europeas coaligáronse contra el insaciable. Y cuando quiso utilizar los elementos acumulados en Boulogne—aminorado ya el entusiasmo que presidió su formación—la marina británica supo frustrar todas las tentativas del abordaje, dispersando los setenta buques dispuestos para proteger la escuadrilla de desembarco.

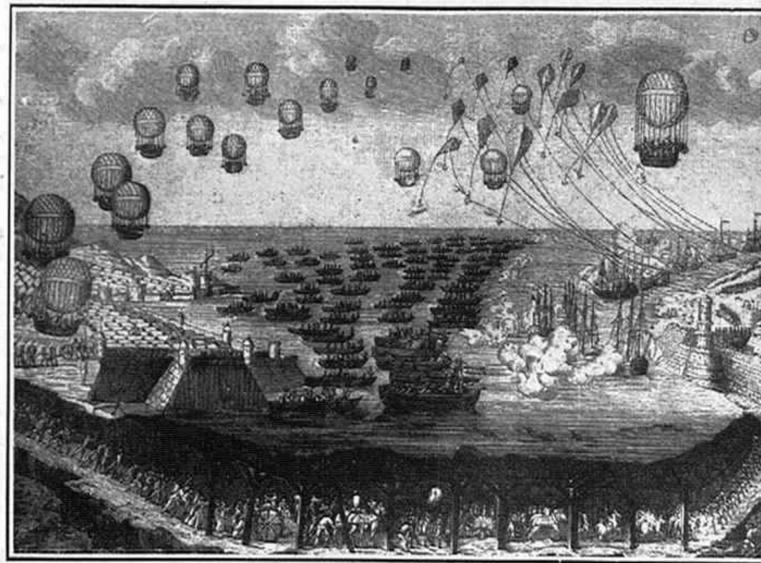
ooo

¡La invasión de Inglaterra! Logróronla los sajones, porque penetraron arteralmente, como aliados de Vortigeru, príncipe de Cornwall, que quiso poner paz en sus dominios valiéndose del esfuerzo extranjero. Y los mismos normandos, sin las argucias de Guillermo el Conquistador y la especial situación interna del país, no habían conseguido sus ansias dominadoras.

César, Felipe II y Napoleón el Grande, fracasaron totalmente al acometer la empresa. Hoy,

pese a los zeppelins y a los superdreadnoughts germánicos, la invasión de Inglaterra sigue siendo por demás difícil. ¿Imposible? Borremos la palabra: pero, escépticos como el Santo que pedía «ver para creer», digamos que será preciso presenciarse la conquista del «país de las verdes colinas» para creer en ella.

Augusto GONZÁLEZ OLMEDILLA



Preparativos de Napoleón I, en 1804, para invadir Inglaterra
(Reproducción de una estampa de la época)

su bandera, permitiéndose gallardías que la soberbia napoleónica negábase a tolerar.

Imponíase la necesidad de rendirla. Comprendiendo que Inglaterra era tan invencible por mar como él por tierra firme, Napoleón decidió desembarcar un grueso ejército en las Islas Británicas que humillase el orgullo de los hijos de Albión. Hízose la idea popular en Francia y el país entero contribuyó a verla realizada. Rápidamente se formó una flota de dos mil trescientos buques, capaz de trasladar en seis horas ciento cincuenta mil infantes y de diez a quince mil caballos con cien piezas de artillería. Los más estupendos preparativos fueron acumulándose en el campamento de Boulogne. La fantasía france-



La destrucción de «La Invencible», cuadro del notable pintor malagueño José Gartner, que se conserva en el Museo de Arte Moderno, de Madrid



Los preparados "PEELE" del sabio dermatólogo alemán Dr. Lehman, han adquirido fama universal por asegurar al rostro y cuerpo **Hermosura y Juventud Eterna**

"CASA PEELE"

ALCALÁ, 73, MADRID